EL TEATRO.

DOBLE CORONA,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1867.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con cañas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
s mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y a moda.
¡Está loca

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mu
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la hué
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espaü
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.

DOBLE CORONA,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

Estrenado en el teatro de Jovellanos á beneficio del primer actor D. Juan Casañer el 15 de Febrero de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES. ACTORES.

PERSONAJES	ACTORES
JIMENA	Doña Teodora Lamadrid.
FLORESINDA	Cármen Genovés.
BERMUDO	Don Manuel Catalina.
ALFONSO	Juan Casañer.
SANCHO	Francisco Oltra. [1]
GARCIA	Manuel Pastrana.
AURELIO	Manuel L. Esteso.
UN UJIER	Ramon Menor.
UN GUARDIA	Telesforo Garralon.

Condes palatinos, nobles, pueblo, soldados.

La accion pasa en el primer acto en las cercanias de Pravia; en el segundo y tercero en Pravia.

Época: actos primero y segundo, año 788: acto tercero, 21 de Julio de 791.

1 El Sr. Oltra se ha encargado del papel de Sancho por deferencia al autor.

ACTO PRIMERO.

Sitio agreste y pintoresco en las cercanias de Pravia. Monte, rocas, selva: sobre la montaña á la derecha del actor una ermita y delante de ella una cruz tosca de madera. En el escenario á la izquierda una casa

ESCENA PRIMERA.

GARCIA baja por la montaña, llega á la puerta de la casa, y llama; abre FLORESINDA.

GARCIA. ¿Volvió en sí Jimena?
FLORES. Aun no.
GARCIA. ¡Por Cristo que es el desmayo
tenaz!
FLORES. ¿Hallaste á Ramiro?
GARCIA. No está: le esperas en vano.
FLORES. Entonces ¿quién la socorre?
GARCIA. ¡Qué sé yo! como han pasado
los demas, este...
FLORES. ¡Ay, Garcia,
que son cada vez mas largos
sus parasismos!
GARCIA. No temas;
Dios por sus designios altos
no ha de consentir su muerte.
FLORES. ¿Por qué?

GARCIA. ¡Por qué! Es un arcano.
FLORES. Revélamelo.
GARCIA. No puedo
Floresinda, revelártelo.
Noble soy y amigo suyo,
conde ademas de palacio,
poderoso y favorito
de nuestro rey Mauregato.
Y aunque godo y noble y libre,
soy de su capricho esclavo,
sus órdenes obedezco,
su menor deseo acato,
y prontos tengo en su auxilio
mi corazon y mi brazo.
FLORES. ¿Soy causa yo de su duelo?
GARCIA. No.
FLORES. ¿Por qué padece tanto?
Ha doce años que vivimos
en este valle apartado
y no he visto una sonrisa
en ella en esos doce años.
GARCIA. Cuando el corazon se hiela
la risa falta en los labios.
FLORES. Yo la quiero con el alma,
que mi pecho no es ingrato.
Nací al pie de un monte altivo
al rumor de un rio manso,
allí vivia mi padre
con su red y su trabajo,
hasta que una noche horrible,
que recuerdo con espanto,
quiso defender á un hombre
y á mi padre asesinaron.
Huérfana y sola, Jimena
dióme proteccion y amparo;
nada conozco del mundo,
sencilla flor de los campos
aliéntame solo el fuego
de este amor que la consagro.
Cuando el dulcísimo nombre
de madre la doy, llorando
fija en mi frente su boca

tiende á mi cuello sus brazos;
otras veces contemplándome
con los ojos secos, áridos,
«Tú no eres mi hija;» me dice,
y me arroja de su lado.
¿No podré yo sus pesares
consolar?

GARCIA. No está en tu mano.

FLORES. ¿Por qué?

GARCIA. Porque en esta vida
no hay consuelo á su quebranto.

FLORES. Mil veces lo he presumido,
mil veces lo he sospechado.

GARCIA. ¿Qué sospechaste?

FLORES. Su pena,
sus sinsabores amargos,
no son peligros presentes,
sino recuerdos lejanos.
No agita su pensamiento
temor de futuros daños,
una esperanza la mueve,
un deseo no logrado;
¿esa esperanza y deseo
serán de venganza acaso?

GARCIA. ¿Por qué piensas eso?

FLORES. Escucha.
Ha tres noches reposando
me hallaba junto á su lecho,
cuando un rumor impensado
me despertó; era Jimena
que dormia, balbuceando
palabras sueltas; su rostro
como siempre, triste, pálido;
sueño angustioso la estaba
sin cesar atormentando.
De pronto saltó del lecho
el pie incierto, el ojo vago,
asió un puñal y lanzándose
á la puerta, salió al campo.

GARCIA. ¿La seguiste?

FLORES. La seguí.
Trepó ese agreste collado

como fiera mal herida
sin buscar senda ni atajo;
blandió el puñal de la luna
á los macilentos rayos,
y cayó sobre esa roca
de su delirio al estrago.
Vencí el pavor que me helaba
é iba á socorrerla, cuando
por las escarpadas peñas
ví bajar á un ermitaño.
Llegóse con paso lento
hasta el cuerpo inanimado,
cargó con Jimena en hombros,
¡desgraciada! murmurando,
se entró con ella en la casa,
dejóla en el lecho á salvo,
abrió la puerta, y tornóse
á la ermita paso á paso.
¿Esto es mal? ¿esto es locura?

GARCIA. (Pensativo.) ¿Eso dijo el ermitaño?

FLORES. Sí.

GARCIA. ¿Quién aquí le conoce?

FLORES. Nadie: vive retirado
en esa agreste espesura,
y en los tres meses ó cuatro
que habita en ella, no ha visto
á hombre alguno.

GARCIA. ¡Es muy extraño!
¿Quién podrá ser ese hombre?

FLORES. Un santo tal vez.

GARCIA. (Ap.) Ó un diablo,
á Jimena daré aviso,
que bien lo requiere el caso.
(Alto.) Oigo rumor!

FLORES. Es Jimena.

GARCIA. Ya pasó.

FLORES. ¡Gracias, Dios santo!

ESCENA II.

LOS MISMOS, JIMENA, que sale de la casa.

FLORES. ¿Estás más tranquila?
JIM. Sí.
FLORES. ¿Y temes que vuelva?
JIM. Hoy... no.
FLORES. ¿Y mañana?
JIM. ¡Qué sé yo!
FLORES. ¿En dónde sufres?
JIM. (Señalando al corazon.) Aquí.
FLORES. Yo mi existencia daria
por librarte de esa pena.
GARCIA. (Ap. á Jimena.)
Deseo hablarte, Jimena.
JIM. (Á Floresinda.)
Hablarme quiere Garcia
Floresinda, y á tu edad
hay secretos reservados;
de esos montes elevados
contempla la majestad,
ó á impulso de tu aficion
anda á coger florecillas
por las silvestres orillas
del caudaloso Nalon.
FLORES. ¿Quieres que me ausente?
JIM. Sí.
FLORES. ¿Y enferma te deje?
JIM. (Con impaciencia.) Vé,
no me impacientes.
FLORES. (Dirigiéndose lentamente hácia las montañas.)
¡Por qué
no se fiará de mí!
(Desaparece por la montaña.)

ESCENA III.

JIMENA, GARCIA.

JIM. ¿Has dado con él?

GARCIA. Sí.

JIM. ¡Ah!

aquí, Garcia?

GARCIA. Por Cristo!

ayer en Pravia le han visto.

JIM. ¿Qué estás diciendo?

GARCIA. Aquí está.

JIM. No alimentes mi esperanza
si defraudada ha de ser.

GARCIA. Él caerá en nuestro poder,
próxima está la venganza.

JIM. ¡Mucho confia!

GARCIA. ¡Insensato!
¿dónde le lleva su arrojo?
si libra de nuestro enojo
¿podrá del de Mauregato?

JIM. Él de valiente blasona.

GARCIA. Y temerario se entrega.

JIM. ¡Mal hace! muy mal!

GARCIA. Le ciega
el brillo de una corona.

JIM. Primero prenda del moro
que suya!

GARCIA. ¡Jimena!

JIM. Dónde,
en qué paraje se esconde?
¿no lo sabes?

GARCIA. Aun lo ignoro.
Pero un pensamiento extraño
se apodera de mi mente.
¿En esa áspera pendiente
quién habita?

JIM. Un ermitaño.

GARCIA. ¿Y tú le conoces?

JIM. No,
jamás, Garcia, le ví.

GARCIA. Pues él te conoce á tí.

JIM. Él!

GARCIA. Floresinda lo oyó.

JIM. Cuándo? ¿cómo?

GARCIA. Noches há
del delirio presa fuiste.

JIM. Es cierto.
GARCIA. Al campo saliste;
¿no lo recuerdas?
JIM. Quizá.
GARCIA. ¿Quién te condujo á tu lecho
desmayada?
JIM. No lo sé.
GARCIA. Pues fué el ermitaño!
JIM. ¡Y qué!
¿qué infieres?...
GARCIA. Algo sospecho:
por esa agreste bajada
vino, y á tí se llegó.
JIM. Sigue.
GARCIA. Al lecho te llevó
exclamando: ¡Desgraciada!
JIM. Tal vez fuera por el mal
que me aquejaba.
(Repentinamente.) ¡Ah, Dios mio!
en mi loco desvario
dejé en el suelo el puñal.
GARCIA. ¿Volviste por él?
JIM. Volví
al dia siguiente.
GARCIA. Y qué!
JIM. En vano el puñal busqué.
¿En dónde he caido?
GARCIA. (Señalando á la roca que indicó Floresinda.)
Allí.
(Corre Jimena á la roca á buscar el puñal.)
JIM. ¡Nada! ¡nada! ¡Suerte impia!
GARCIA. Disimula! ten cautela!
JIM. ¡Si será el hijo de Fruela!
si será su hijo, Garcia!
GARCIA. Eso llegué á sospechar!
JIM. ¡Yo me exalto! ¡yo me ofusco!
si sabrá que yo le busco
y me vendrá él á buscar!
GARCIA. ¡Qué temes! por vida mia!
¿eso de pavor te llena?
no hay riesgo para Jimena
mientras aliente Garcia.

JIM. ¡Temer! si mi causa es santa!
si para vengarme aliento,
me lo dice el ardimiento
que mi espíritu agiganta.
Mi muerto esposo me grita
desde su tumba sangrienta,
y él mi corazon alienta
contra esa raza maldita.
Él al morir me infundió
este valor poderoso;
¡qué no hará quien á su esposo
y á su hija á la vez perdió!
Vimarano! duerme en paz,
porque mientras tenga vida
la raza del fratricida
no habrá para mí solaz.
Mientras uno solo aliente,
mientras su sangre no corra,
la tuya jamás se borra,
tu noble sangre inocente.
Vengarte mi amor desea,
si el delirio que me agita
es virtud, ¡virtud bendita!
y si es crímen, ¡que lo sea!

GARCIA. Calma ese loco ardimiento
y da espacio á la razon,

JIM. Arranca á mi corazon
las fibras del sentimiento.

GARCIA. El frenesí nada alcanza;
quien en tu caso se encuentra
con sigilo reconcentra
medios para la venganza.
Buscar es fuerza señal
que hasta Alfonso abra camino,
tal vez propicio el destino
te hizo perder el puñal.

JIM. Señal propicia no es
cuando los medios me quita.

GARCIA. Porque hoy no se necesita:
quizá le encuentres despues.

JIM. ¿Cuál es tu opinion?

GARCIA. Hallar

mas indicios.
JIM. ¿De qué modo?
GARCIA. Él desea el cetro godo,
eso viene aquí á buscar.
JIM. ¿Qué amigos, pueblo, ni grey
tiene que al trono le exalten?
GARCIA. ¡Piensas que amigos le falten
al que pretende ser rey?
JIM. Explícate.
GARCIA. De eso trato:
tú poco puedes, ó nada.
JIM. Entonces...
GARCIA. De su llegada
daré aviso á Mauregato.
JIM. Por qué?
GARCIA. Nuestra ofensa igual,
es igual nuestro interés,
yo he de ponerle á tus pies
si de él encuentro señal.
El poder del soberano
que le descubra es forzoso.
JIM. Su padre mató á mi esposo!
GARCIA. Su padre mató á mi hermano!
JIM. Muerto será!
GARCIA. Por los dos!
JIM. Por los tres.
GARCIA. Voy á buscarle.
JIM. ¿Adónde?
GARCIA. En Pravia he de hallarle;
el cielo te guarde.
JIM. Adios!
(Váse Garcia por la montaña.)

ESCENA IV.

JIMENA.

Sí, que ante su tumba yerta
su desconsolada esposa,
por su sangre generosa
juró ser vengada... ó muerta!
(Se ha abierto la puerta de la ermita y sale un er—

mitaño que se encamina lentamente á Jimena.)

ESCENA V.

JIMENA, El ERMITAÑO.

Erm. Si la venganza previenes
para su trance mortal
te hace falta este puñal.
(Sácale y se le tiende.)
Jim. ¡Santo Dios!
Erm. (Con el brazo extendido.)
Aquí le tienes.
Jim. (Sin tomarle y recelosa)
¿Quién es?...
Erm. Quién va de tí en pos
como el viento tras la nave.
Jim. Dí, ¿quién eres?
Erm. Dios lo sabe!
Jim. ¿Qué intentas?
Erm. ¡Sábelo Dios!
Jim. Es mi secreto mortal;
¡infeliz el que blasona
de saberlo!
Erm. Esta corona
que el pomo forma al puñal,
tus intenciones revela.
Jim. ¿Tú el puñal conoces?
Erm. Sí,
hace veinte años le ví
en la mano del rey Fruela.
Jim. Tú!... del rey Fruela en la mano
tú... le has visto?
Erm. Le ví!
Jim. ¡Oh!
¿cuándo?
Erm. Cuando le clavó
en el pecho de su hermano.
Jim. ¡Accion villana y cobarde!
Erm. Muerto le tendió á sus pies.
Ese puñal ví despues.
Jim. Despues!

ERM. Un año mas tarde.
JIM. Pero...
ERM. Deja que concluya.
JIM. Concluye.
ERM. En el soberano
vi que le clavó una mano...
JIM. Esa mano...
ERM. Era la tuya.
JIM. Quién es?...
ERM. En vano se fija
en mí tu ardiente mirada:
¡esposa desventurada!
¡pobre madre!
JIM. ¡Pobre hija!
Pero... ¿Cuál es tu intencion?
ERM. Deseas saberlo?
JIM. Sí.
ERM. Humilde vengo ante tí
para implorar un perdon.
JIM. ¡Un perdon!
ERM. Esto te exijo.
JIM. Yo no puedo perdonar.
ERM. Jimena, ¿y ha de pagar
las faltas del padre el hijo?
JIM. Yo solo á mi corazon
escucho, y él me lo ordena.
ERM. Es que tú tambien, Jimena,
necesitas su perdon.
JIM. Yo!
ERM. Sí; aquel que se abandona
al placer de la venganza,
pierda la eterna esperanza;
Dios sin perdon, no perdona.
JIM. ¿Eres acaso el traidor
retoño del asesino?
ERM. Soy un pobre peregrino
que te brinda paz y amor.
Ministro soy del altar,
y vengo á hacerte saber,
que el mas supremo placer
de la vida, es perdonar.
Que es el perdon un perfume

que el hondo quebranto calma
cuando por el odio el alma
combatida se consume.
Que es faro de viva luz,
que es del bien fuente copiosa,
que al sufrir muerte afrentosa
Cristo perdonó en la cruz.
De tu perdicion en pos
ciega te dejas llevar.

JIM. Yo perdonar! perdonar!
¡necesitaba ser Dios!
Piensas que lo puedo hacer?
tal fuerza en mí no reside,
no es posible, no; lo impide
un poderoso deber.
Veinte años ha que en tributo
á mis esperanzas locas,
cubren estas blancas tocas
de mi corazon el luto.
Veinte años sin lenitivo
al dolor, mi cuerpo enfermo,
veinte años há que no duermo,
veinte años há que no vivo.
Presentes siempre á mis ojos;
la vista constante, fija,
de mi esposo y de mi hija
en los sangrientos despojos.
Veo á mi esposo espirar
en aquella noche airada,
veo á mi hija arrebatada
por las olas de la mar.
Veo abierta aquella herida
donde sangre ardiente brota,
que destila gota á gota
el puñal del fratricida.
Oigo aquel grito tremendo;
aquel terrible alarido
está sonando en mi oido,
sí, le estoy oyendo... oyendo!
¡No hay descanso para mí!
cuando trasponiendo el monte,
clarea en el horizonte

la aurora, los veo allí.
Oigo una voz que me nombra,
dulce ilusion del deseo;
y vuelvo el rostro, y los veo,
su faz, su cuerpo, su sombra.
Y cuando declina el dia
y llega la noche oscura,
veo la hermosa figura
de la hija del alma mia.
Veo el gallardo ademan
del esposo que perdí,
voy tras ellos, y ¡ay de mí!
como aparecen se van.
¿Y tú quieres que mi boca
pronuncie un perdon villano?
ó vuélveme á Vimarano
y á Estrella, ó vuélveme loca!

ERM. ¡Pobre Jimena! es tu mal
desapiadado y terrible.

JIM. ¿Hallas remedio posible?
¿qué dices?

ERM. ¡Toma el puñal!

(Entrégala el puñal y se dirige lentamente á la ermita. Jimena toma el puñal asombrada.)

ESCENA VI.

JIMENA en el escenario, el ERMITAÑO en la mitad de la subida del monte, despues SANCHO, AURELIO y cazadores, luego ALFONSO y FLORESINDA.

JIM. ¿Qué es esto? ¿quién es este hombre?
¿por qué su nombre recela?
¿por qué ese perdon me pide
y luego el puñal me entrega?
(Óyese griterio por la montaña.)
Pero qué rumor?

FLORES. (Dentro.) ¡Socorro!
socorro!

VOZ. (Dentro.) ¡Guarda la fiera!

JIM. Es la voz de Floresinda!

VOZ. (Dentro.)

¡Ah del monte!

VOZ. (Dentro.) ¡Ah de la selva!

ERM. (Que se ha detenido en lo alto del monte.)
¡Préstela el Señor su auxilio!

JIM. ¿Qué es eso?

ERM. Mira, Jimena!

JIM. ¿Qué?

ERM. Del ojeo espantado
un oso las asperezas
salva del monte, siguiendo
de Floresinda las huellas.

JIM. (Corre á la mitad de la montaña.)
¡Ah! Floresinda, huye!

ERM. En vano!
los precipicios la cierran
el paso, la fiera avanza,
ya no hay remedio! ya llega.

JIM. (Cayendo arrodillada.)
¡Protégela tú, Señor!

ERM. ¡Alienta, Jimena, alienta!
la fiera se ha detenido.

JIM. Qué dices?

ERM. Rápida flecha,
por fuerte brazo lanzada
paró su veloz carrera.

JIM. ¿Qué va á suceder?

ERM. ¡Qué miro!
saltando de breña en breña
baja un gallardo mancebo
la jabalina en la diestra,
y al animal se dirige;
ya le ha visto, ya le espera
con los dos brazos abiertos
para ahogarle.

JIM. Que Dios tenga
piedad de él!

ERM. ¡Qué bizarria!
el mozo la lucha acepta,
y con el arma en la mano
se arroja sobre la fiera.
Voy á darle auxilio.
(Va á correr, pero se detiene. Ap.) ¡Cielos!

¡él es! (Dando un grito de alegria.)
¡Ah! ¡Bondad eterna!
del rasgado vientre saca
la jabalina sangrienta
y el animal moribundo
rebotando por las peñas
cae al Nalon, desplomado
en sus aguas turbulentas.
(Quédase inmóvil delante de la puerta de la ermita hasta la escena VIII.)

JIM. (Bajando al escenario.)
Señor! ¿por qué no quisiste
librar de su suerte adversa
cuál libraste á Floresinda,
á Vimarano y á Estrella!
(Aparecen en la cima de la montaña Sancho, Aurelio y Cazadores.)

SANCHO. Aquí hay una ermita. Abajo
una casa en donde pueda
asilo dar á esa jóven
y algun reparo á sus fuerzas.
Avisádselo.

AUR. Del fiero
susto la jóven repuesta,
á este sitio se encamina
con Ordoño: ya se acercan,
ya estan aquí!
(Aparecen en lo alto de las rocas Alfonso y Floresinda.)

ALF. Yo bendigo,
hermosísima doncella,
la triste y menguada suerte
que hasta tu lado me lleva
y el fiero azar que me envia
la imágen de tu belleza.

FLORES. Dios, cazador valeroso,
te pague el valor que muestras,
Dios te pague, ¡buen mancebo!
tu intrepidez y nobleza.
(Viendo á Jimena y corriendo á ella.)
¡Allí está mi madre!

JIM. ¡Cómo!

FLORES. ¡Madre!
JIM. (Rechazándola.)
¡Apártate!
FLORES. ¡Jimena!
JIM. Tú mi hija! Floresinda!
(Ap.) ¡Mi pobre hija está muerta!
FLORES. (Señalando á Alfonso.)
Este cazador bizarro
ha salvado mi existencia.
JIM. (Á Alfonso.)
Gracias!
ALF. Gracias no merece
el que de honrado se precia.
JIM. Discreto y noble mancebo!
ALF. Noble no!
JIM. Bien lo demuestra
tu aspecto: dime quién eres.
ALF. Soy Ordoño, hijo de Theudia,
rico curtidor de Pravia
y plebeyo.
JIM. ¿En qué te empleas?
ALF. Cánsame el menguado oficio
con que mi padre sustenta
á mi madre y mis hermanos,
y hallo en su estado vileza.
Á mi noble patria veo
del árabe indigno presa,
y trocada en tres reinados
en oprobio su grandeza.
Ya que parece olvidada
del Guadalete la ofensa,
ya que una espada no puede
blandir mi mano plebeya,
dóime á la caza, la caza
imágen es de la guerra.
Y todos los días salgo
no bien el alba clarea
por estos fragosos montes,
por estas ásperas sierras
con los valientes amigos
que como yo se avergüenzan
de la quietud del monarca

y la paz que nos afrenta.
Tomamos de esta deshonra
ruda venganza en las fieras
que á nuestros pies humillamos
en la batida sangrienta.
Los osos que la miel buscan
de las silvestres colmenas,
los cerdosos jabalíes
que cruzan por las malezas,
y los montaraces lobos
que van en las hondas selvas
á los rayos de la luna
trotando por las veredas.
Así pasamos la vida
hasta que otros tiempos vengan,
yo las fieras persiguiendo
y mi padre en su faena:

SANCHO. (Ap.) Bien lo miente, ¡vive Cristo!

JIM. Yo no sé qué extraña mezcla
hallo en este hombre, que aduna
la altivez á la rudeza.
(Alto.) Bravo cazador, si acaso
otra vez tu planta llevas
por estos sitios y quieres
honrar mi noble pobreza,
tendrás pieles para el lecho
y blanco pan en mi mesa.
Esto te ofrezco de grado,
y adios, que la noche cierra,
y tras el pasado susto
ya recogernos es fuerza.
Adios, Ordoño.

ALF. Él te guie.

FLORES. Adios, Ordoño! (Ap.) Voy ciega!
¿por qué su ausencia me mata?

ALF. (Ap.) ¿Por qué me mata su ausencia?

(Entránse Jimena y Floresinda en la casa. Alfonso queda pensativo y cruzado de brazos al frente de la puerta. Ha anochecido.)

ESCENA VII.

ALFONSO, SANCHO, AURELIO, CAZADORES.

SANCHO. ¡Ordoño! no me responde!
Ordoño!
ALF. ¡Sancho! ¿qué quieres?
SANCHO. Fuéronse ya.
ALF. Ya se fueron.
SANCHO. Mira que la noche viene
y ya es tarde.
ALF. ¿Qué me importa?
SANCHO. Estás turbado, ¿qué tienes?
ALF. ¿Qué tengo? un divino fuego
que el corazon me enardece.
Amor, Sancho, me aprisiona
en sus dulcísimas redes.
SANCHO. ¿Floresinda?
ALF. Floresinda.
SANCHO. ¡Mal pecado con la suerte
que te encamina traidora
donde la patria te pierde!
ALF. ¿Por qué?
SANCHO. Con tu aliento osado
miraba desvanecerse
la abyeccion do la sumieron
esos tres monarcas débiles.
Fió á tu gran heroismo,
fió á tu brazo valiente,
fió á tu noble ardimiento
su gloria, y tú la defiendes
rindiendo de amor en aras
el culto que ella merece.
ALF. No, Sancho, no; porque puro
el fuego de amor incendie
mi corazon, no por eso
mi deber se extingue y muere.
Antes con mas poderio,
mas activa, mas ardiente,
del heroismo la llama
brota, y en mi pecho prende.

Cien partidarios y ciento
tan justa causa defienden,
noble causa, protegida
por mi brazo y por las leyes.
Arrojad, bravos amigos,
las toscas y rudas pieles,
y los ropones que encubren
cotas y mallas lucientes.
Blandid las nobles espadas,
tomad los férreos broqueles,
y á Pravia seguidme todos
al vil monarca á dar muerte.

SANCHO. Ordoño! Ordoño! tu acento
el corazon nos conmueve,
mas si el corazon inflama,
escucharle no es prudente.

ALF. ¿Por qué?

SANCHO. Muerto Mauregato,
al fiero mal que padece
ó á nuestro valor, Ordoño,
responde, ¿quién le sucede?

ALF. Yo!

SANCHO. Tú! la ambicion te ofusca!
la real corona en tus sienes!

ALF. En mis sienes la corona,
¿por qué no?

SANCHO. Porque no puedes
ser rey, la ley lo prohibe;
sangre de Baltos no tienes.

ALF. Te engañas, corre en mis venas
la sangre de vuestros reyes.

SANCHO. ¿Qué escucho?

ALF. La verdad, Sancho;
Sancho, mi labio no miente.
Yo soy el nieto de Alfonso
primero, de Alfonso el Fuerte,
vencedor en cien combates
y espanto de los infieles;
de aquel que á la media luna
rindió en Chaves y en Orense,
del que llevó á los confines
de Aragon las godas greyes,

de aquel que extendió su imperio
contra las árabes huestes
del occidental Oceano
hasta las Francas vertientes,
del mar Cántabro, á los montes
de la Carpetania agrestes.

SANCHO. Tú el hijo de Fruela?

ALF. El hijo
de Fruela.

SANCHO. ¡Infeliz! no temes
que los mal dormidos odios
de los nobles se despierten
contra el hijo, y que del padre
el duro rigor recuerden?

ALF. Jamás en mi pecho asilo
tuvo el temor; si es mi suerte
morir al impulso fiero
de un puñal traidor y aleve,
esquivo mi suerte en vano,
y si en la lucha me vence,
moriré siendo el monarca
legítimo, y como mueren
los que sangre generosa
correr en sus venas sienten.
En este apartado valle
solo me encontrais é inerme;
agravios justos ó injustos
muchos de vosotros tienen
que vengar, yo soy el hijo
de Fruela, miradme, vedme;
aquí está el pecho desnudo,
¡heridme! ¿nadie se atreve?

TODOS. ¡Viva Alfonso!

SANCHO. Yo el primero
en esta ocasion solemne,
los agravios de tu padre
olvido; nuestro rey eres.

ALF. Mañana al rayar el alba.
Miro, en la puerta de Oriente
me esperas armado y solo;
tú con cincuenta ginetes
Sancho, aguarda mis mandatos

en este sitio; tú debes
velar del rey en la cámara
esta noche como sueles
Aurelio, nuestro es el triunfo
antes que otra noche llegue:
tornad á Pravia al instante
por caminos diferentes
y solo dejadme.

SANCHO. El cielo
te guarde.

ALF. Dios os conserve!

TODOS. ¡Viva Alfonso!

(Vánse los cazadores por diversos lados de la montaña. Sancho toma el camino de la ermita y al llegar al ermitaño se para al frente de él y le saluda profundamente.)

ESCENA VIII.

ALFONSO en el escenario, SANCHO y el ERMITAÑO en la montaña.

ALF. ¡Gloria! ¡Amor!
¿qué mas mi pecho ambiciona!
la corona! la corona
mañana mismo.

SANCHO. (Al Ermitaño en voz baja.) Señor!

ERM. ¿Has cumplido?

SANCHO. Como es ley,
como siempre te serví.

ERM. Vuélvete á Pravia.

SANCHO. ¿Y allí?

ERM. Dá este pergamino al rey.

(Vásе Sancho: el Ermitaño baja pausadamente al proscenio.)

ESCENA XI.

ALFONSO, el ERMITAÑO.

ALF. Propicia ocasion me brinda
el cielo; todos se han ido,
Jimena se habrá dormido.
(Llamando con precaucion á la puerta de la casa.)
Floresinda! Floresinda!

ERM. (Al fondo.) Detente, Alfonso!

ALF. (Volviendo con rapidez.) ¿Qué escucho?
¿quién de ese modo imprudente
me llama?

ERM. (Acercándose.) Alfonso, detente,
mira que te importa mucho.

ALF. ¿Quién eres?

ERM. Yo soy un hombre
que viene á darte un consejo,
Alfonso, jóven ó viejo,
¿qué te importa á tí su nombre?

ALF. Solos estamos los dos,
monte y cielo estan sombrios,
mozo soy y tengo brios,
habla, ó mueres, vive Dios!

ERM. Ten tus ímpetus á raya
que yo cumplo como debo,
y no te olvides, mancebo,
de los montes de Vizcaya.

ALF. De oirte me maravillo,
cercana la muerte ví.

ERM. Mas te libertaron?

ALF. Sí,
¿quién me libertó?

ERM. Este anillo,
como prenda de amistad
diste á tu libertador.

ALF. Y como prenda de honor!

ERM. ¿No es cierto, Alfonso?

ALF. Es verdad.
Fuiste tú?

ERM. No.

ALF. ¿Quién fué, dí?
darle gracias es mi anhelo.
ERM. Tu padre, que desde el cielo
velando estaba por tí.
ALF. Demente me volverás!
esto es sueño! es desvario!
ERM. Tu empeño es loco, hijo mio,
no debo decirte mas.
ALF. ¡Viven los cielos!
ERM. Y advierte
que has de extinguir el ardor
de ese amor, porque ese amor
te conducirá á la muerte.
ALF. ¿Á la muerte dices?
ERM. Sí.
ALF. Adios! la adoro aunque muera.
ERM. La muerte en Pravia te espera,
la muerte está aquí y allí.
ALF. Imaginas, insensato,
que sufro que de mi afan
te burles?
ERM. Es que tu plan
conoce ya Mauregato.
Ese afan raya en exceso,
es, Alfonso, que te ciegas,
mira que si á Pravia llegas
serás en sus puertas preso.
ALF. No; mi aliento no desmaya,
voy por la corona mia.
ERM. Ya se olvidó tu osadia
de los montes de Vizcaya!
ALF. No; mas por Dios, me importuna
llevar veinte años viviendo
pobre y fugitivo, y siendo
juguete de la fortuna.
Nací á la suprema alteza,
lograrla mi honor blasona.
Voy á buscar mi corona.
ERM. Vas á perder tu cabeza.
ALF. Iré de mi sino en pos,
y propicio ó desdichado,
de Asturias soy coronado

rey mañana, ó muerto! Adios.
(Váse por las montañas.)

ESCENA X.

El ERMITAÑO, despues JIMENA.

ERM. ¡Pobre jóven! me da pena
ver tanto valor perdido.
JIM. (Á la puerta de la casa.)
Ruido á la puerta he sentido.
(Deteniéndose al ver al Ermitaño.)
¡El Ermitaño!
ERM. ¡Jimena!
á tiempo llegas.
JIM. ¿Por qué?
ERM. ¿No buscas á Alfonso?
JIM. Ah!
Sí!
ERM. Pues bien, en Pravia está;
ve á Pravia, Jimena!
JIM. (Despues de un momento de reflexion y con energia.)
Iré!
(Éntrase en la casa)

ESCENA XI.

El ERMITAÑO.

Alfonso y Jimena! Sí.
Juntos en Pravia los dos!
tambien Mauregato allí,
mis intentos conseguí
si no me abandona Dios!
(Encamínase lentamente á la montaña.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara en el palacio de Pravia. Puertas: grande al fondo que es la de salida. Izquierda, una en primer término que da á la cámara real; otra en segundo que conduce á las demas habitaciones de palacio. Derecha, una en primer término, habitacion de Floresinda; otra en segundo término, de Jimena: entre las dos, puerta secreta. La estancia está iluminada.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO por el segundo término izquierda, el ERMITAÑO.

SANCHO. (Solo.) Media noche: la hora llega,
Mauregato duerme ya;
tambien Jimena, ya es tiempo.
(Da tres palmadas.)
Una, dos, tres.
(Ábrese la puerta secreta y sale el Ermitaño.)
ERM. Sancho.
SANCHO. Sal.
ERM. Bien cumpliste.
SANCHO. Ya lo sabes,
es mi norma la lealtad;
ERM. Desmentirte Alfonso puede,
que con él cumpliste mal.
SANCHO. Nada debo á Alfonso, cumplo
las órdenes que me das;

en su ayuda si lo mandas,
contra él si es tu voluntad,
le mato si es tu capricho,
que algo bueno en él habrá,
y si defenderle ordenas,
por él me dejo matar.

ERM. Siervo mio no eres, Sancho;
noble naciste ademas.

SANCHO. De la gratitud los hierros
señor, me supiste echar;
si unos al cuerpo sujetan,
estos al alma, ¡qué harán?
Me dijiste que aclamase
á Alfonso, tres dias há
rey de Asturias, en el monte;
hícelo así sin pensar
si debia ó no debia;
me mandaste á la ciudad
al rey con un pergamino.

ERM. ¿Te le devolvió?

SANCHO. (Dándosele.) Sí.

ERM. ¡Ah!
¿le leyó?

SANCHO. Sí.

ERM. Y qué respuesta?...

SANCHO. Respondióme... voto á tal!
que él es el rey, y que el papa
puede en Roma gobernar,
mas no en Asturias.

ERM. Es fuerza
que al rey vea.

SANCHO. Le verás.

ERM. Tú no sabes lo que vale
un amigo tan leal.

SANCHO. Pues mi recompensa es esa,
que creas en mi amistad.

ERM. En la frente llevas, Sancho,
que no te desmentirán,
las pruebas.

SANCHO. ¡Gran cuchillada!
¡mandoble descomunal!
Si diera con el judio

que le asestó ¡voto á san!
que yo le quitara esa
costumbre de mandoblar.

ERM. ¿En donde está Alfonso?

SANCHO. Preso.

ERM. Y su sentencia?

SANCHO. Es mortal.

ERM. ¿Cuándo ha de morir?

SANCHO. Mañana.

ERM. No puede ser.

SANCHO. No será.

ERM. Puedes libertarle?

SANCHO. Sí.

ERM. ¿De qué modo?

SANCHO. Tiene mas
que quitarse las cadenas,
abrir la puerta y marchar?

ERM. ¿Cómo puede hacerlo?

SANCHO. Soy
de las prisiones guardian.

ERM. ¿Y si el monarca castiga,
Sancho, tu deslealtal?

SANCHO. Eso será cuenta tuya.

ERM. ¿Y si no puedo lograr
tu perdon, Sancho?

SANCHO. Me corta
la cabeza el rey, y en paz.

ERM. No has conseguido saber
por qué muerte á Alfonso dan
tan pronto?

SANCHO. Porque la viuda
de Vimarano aquí está;
vió á Mauregato, y el rey
la hizo en palacio quedar.
Ella le odia, el rey le teme,
su interés es casi igual,
cortándole la cabeza
ya no hay que temer ni odiar.
Eso pienso.

ERM. Y eso es, Sancho.
Llegó el momento fatal.

SANCHO. Te comprendo.

ERM. Tú?
SANCHO. Pues no
te he de entender!
ERM. No en verdad!
SANCHO. Á dado picado... plomo:
ya sé que sabes jugar.
ERM. Te equivocas.
SANCHO. Vamos claros
y hablemos en puridad;
todos los medios son buenos
si al fin se consigue el plan:
tú... rey quieres ser de Asturias.
ERM. Yo rey de Asturias! Jamás.
No es para mí la corona;
ministro soy del altar.
SANCHO. Sí?
ERM. Sí.
SANCHO. (Ap.) Tan fraile eres tú
como yo.
ERM. Da libertad
á Alfonso.
SANCHO. ¿Como te he dicho?
ERM. Abriendo de par en par
las puertas de su prision.
SANCHO. ¿Y nada mas?
ERM. Algo mas.
SANCHO. Habla.
ERM. Una espada le llevas
y con la espada un puñal.
SANCHO. Daréle puñal y espada
y las puertas se abrirán.
Cómo saldrá de palacio?
ERM. Él solo salir sabrá.
SANCHO. No es posible.
ERM. ¿Por qué no?
SANCHO. Porque cerradas estan
las puertas de noche.
ERM. Es cierto.
SANCHO. Y no se puede escapar.
ERM. Encamínale á este sitio.
SANCHO. ¿Esa puerta le abrirás?
ERM. No sé!

SANCHO. ¿Le acompaño?
ERM. No.
Déjale solo vagar
por palacio, y dame aviso
en cuanto esté en libertad.
SANCHO. Cómo! ¿Dando tres palmadas?
ERM. Sí, Sancho.
SANCHO. Haré la señal.
(Váse por el fondo.)

ESCENA II.

EL ERMITAÑO.

El rey!... Alfonso!... Jimena!
hoy consigo desatar
el nudo que hace veinte años
ató la fatalidad.
Muerto el rey, el trono es suyo,
de Alfonso ¿le alcanzará?
si hoy muere... no!... si no muere
los nobles le elegirán?
Tampoco!... Entonces... Veremos.
Dios mis pasos guiará.
(Váse por la puerta secreta.)

ESCENA III.

JIMENA, GARCIA.

JIM. Ven, Garcia.
GARCIA. ¿Por qué así,
Jimena, dejas el lecho?
JIM. Porque rebosa en mi pecho
el gozo?
GARCIA. ¿Qué dices?
JIM. Sí.
Porque mi pena tirana
se trueca al fin en placer,
porque el deseo de ayer
será realidad mañana.
(Llévale á una ventana.)
Mira, ¿qué ves allá abajo

entre la niebla sombria?

GARCIA. ¡Cuchilla y tajo!

JIM. Garcia,
esa cuchilla, ese tajo
para cumplir mi esperanza
en sangre se teñirán,
mañana mismo serán
ministros de mi venganza.

GARCIA. Nuestro intento se cumplió,
que la vida pierda allí!
que no se liberte.

JIM. Sí.

GARCIA. No te compadezcas.

JIM. No,
no, de su profunda herida
veo la sangre brotar,
quiero esa sangre mezclar
con la suya aborrecida.
Veinte años seguí su huella
y no la he seguido en vano.
Fruela vengó á Vimarano,
que hoy Alfonso vengue á Estrella.

GARCIA. Camina tu intento fijo
sin torcer su rumbo cierto,
él murió.

JIM. Fruela fué muerto.

GARCIA. Murió tu hija.

JIM. Muera su hijo.
¿Qué importa que en su malicia
si mi alto deber no alcanza
el mundo grite ¡Venganza!
yo contestaré ¡Justicia!
Es mi destino ir en pos
del hijo del asesino,
quién torcerá mi destino
sino la mano de Dios!

GARCIA. Él su justicia te envia,
cálmate.

JIM. Quiero calmarme,
pero ¿quién puede librarme
de este frenesí, Garcia!
Oye! por la noche á solas

entre el dormir y el velar
siento que voy por el mar,
siento que cruzo sus olas,
veo partir una nave,
la nave va el mar surcando,
voy yo en ella navegando,
dónde? adónde? Dios lo sabe.
Y la rapidez aumenta,
desaparece la orilla,
y va la frágil barquilla
lanzada por la tormenta.
Y yo en cariñosos lazos
á un ángel llevo sujeto,
á una hermosa niña aprieto
á mi seno entre mis brazos.
No me atrevo á respirar
porque la tormenta avanza
y sobre la nave lanza
sus fieras ondas el mar.
De repente... en la encendida
bóveda retumba el trueno,
los brazos abro, del seno
salta el ángel de mi vida,
del rayo á las aureolas
le veo en incierto rumbo
que corre de tumbo en tumbo
flotando sobre las olas.
Y me arrojo al mar, y el mar
sus olas atropellando
le va llevando... llevando,
y no le puedo alcanzar

GARCIA. ¿No vas ya á vengarte?
JIM. Sí.
GARCIA. Pues bien, tu dolor se acalle.
JIM. Era el cazador del valle!
cómo no le conocí!
GARCIA. Él á su hado se abandona,
tú te entregas al azar
y venis aquí á buscar
tú venganza y él corona.
Mas propicia á tu intencion
la suerte en tan breve espacio

guarda para tí un palacio
y para él una prision.
¿Quién puede salvarle, quién!
sus esperanzas fallecen,
que los nobles le aborrecen
y el pueblo le odia tambien.

JIM. La nobleza no olvidó
el fiero rigor de Fruela.

GARCIA. El pueblo su muerte anhela,
del pueblo respondo yo.
Pues bien, extíngase el fuego
de tu violento delirio,
va á morir, cese el martirio,
torne á tu pecho el sosiego.

JIM. ¡Yo sosiego! ¡Quién le espera!
y Estrella? ¿y mi esposo? dí,
no hay sosiego para mí,
no hay sosiego hasta que muera!
El hidrópico en mal hora
el agua intenta agotar,
por ver si puede templar
la fiebre que le devora.
De su mal á la merced
porque algun alivio pruebe,
danle el agua, y bebe, y bebe,
y se muere al fin de sed.
Así en mi ciego furor
sed de venganza me acosa,
de vengarme estoy ansiosa
para templar mi dolor.
Y aun lograda mi esperanza
piensas que calma hallaré?
no, Garcia; moriré
hidrópica de venganza.
Podré en mi enojo saciar
mi sed en su sangre impia,
mas lo que perdí, Garcia,
dónde lo podré encontrar!

GARCIA. ¿Que no se extingue tu pena?
¿no cesa tu desvario?

JIM. No, no! ¡Dios mio! ¡Dios mio!
déjame.

GARCIA. (Ap.) ¡Pobre Jimena!
(Váse por el fondo. Jimena queda en un sillon con la cabeza apoyada en las manos.)

ESCENA IV.

JIMENA, FLORESINDA, primer término derecha.

FLORES. No es posible que me rinda
al sueño, en vano al sosiego
el blando lecho me brinda;
¿qué es esto? ¿qué dulce fuego
me consume?
JIM. ¡Floresinda!
Ven, necesito escuchar
tu voz, ven.
FLORES. (Deteniéndose.) ¡Cielos! ¡Jimena!
JIM. ¿Qué tienes? ¿tiemblas?
FLORES. ¡Temblar!
Es que me encanta una pena
y un placer me hace llorar.
JIM. Te turba acaso mi acento?
FLORES. ¡Jimena!
JIM. Tu pavor calma.
FLORES. Yo pavor por tí no siento,
es que un dulce sentimiento
me está atormentando el alma.
JIM. ¿Cómo?
FLORES. Te lo explicaria
si explicártelo pudiera,
pero ¿quién me lo diria?
tal dolor, pena tan fiera,
mi encanto son, madre mia.
JIM. ¿Eso cómo puede ser?
cómo es posible juntar
dolor á un tiempo y placer?
FLORES. ¿Cómo te lo he de explicar
si no lo puedo entender!
Ayer, á este mal extraña
y á este bien que el alma siente,
corria por la campaña,
trepaba por la pendiente

de la escabrosa montaña:
del sol de los resplandores
vagaba en las verdes lomas
cogiendo yerbas y flores,
oyendo á los ruiseñores,
y asustando á las palomas.
Y domaba el poderio
del monte, bajaba al rio
á coger en las orillas
del hondo cauce sombrio
conchas, flores, piedrecillas.
Hoy van mis pasos inciertos,
hoy el cielo, el horizonte
veo de nubes cubiertos,
hoy me parecen desiertos
el campo, el rio y el monte.
En la callada espesura
ya no canta el ruiseñor,
el rio ya no murmura,
y la montaña está oscura,
y las flores sin olor.
En cambio ayer no sentia
este placer halagüeño
que hoy conmueve el alma mia;
ayer, madre, ayer dormia
y hoy desperté de mi sueño.
No lo puedo comprender;
estos delirios, ¿qué son?
¿por qué, madre, desde ayer
tiene mas vida mi ser,
mas fuego mi corazon!

JIM. Tu espíritu se extravia
ó tu corazon se engaña,
¿por qué esa melancolia?

FLORES. Mi corazon, madre mia,
preso quedó en la montaña.
Decírtelo todo quiero.

JIM. ¡Floresinda! hay tal candor!

FLORES. Mi corazon altanero
quedó en la red prisionero
de un gallardo cazador.

JIM. ¿El que te ha librado?

FLORES. Sí.
JIM. Ordoño?
FLORES. Ordoño!
JIM. ¡Insensata!
FLORES. ¿Por qué me miras así?
JIM. Si llegas á serme ingrata,
desventurada de tí!
FLORES. ¿Por qué, madre?
JIM. ¡Madre yo!
madre de quien en su pecho
tan vil pasion abrigó!
FLORES. Perdóname!
JIM. ¡Tú!
FLORES. ¿Qué te he hecho?
JIM. No puedo creerlo, no,
¿sabes quién es?
FLORES. Solo sé
que el peligro despreciando
audaz á librarme fué,
sé que le estoy adorando
y siempre le adoraré.
JIM. ¡Siempre! ¡siempre! esa pasion
nace ya sin esperanza,
¡sueños, Floresinda, son!
ó tu corazon la lanza
ó arráncate el corazon.
FLOES. Señora! tu voz me aterra!
JIM. ¿Sabes qué misterio encierra
su ser, su vida, su nombre?
¡Sabes tú que yo y ese hombre
no cabemos en la tierra?
Ese amor puede perderte.
Floresinda, advierte, advierte
que vas tras un imposible,
que hay una lucha terrible
entre ambos, un duelo á muerte.
Y que si vehemente y ruda
la fiera pasion te acosa,
deja tu alma seca y muda
y apresta tocas de viuda
antes que galas de esposa,
su suerte se va á cumplir

y es su suerte bien tirana.

FLORES. ¡Ah! ¿qué me quieres decir?

JIM. Que mañana va á morir
en un cadalso.

FLORES. ¡Mañana!
mañana!

JIM. Si es su destino
fatal, si es su suerte fija.

FLORES. Mañana! ¡cielo divino!

JIM. Si es hijo del asesino
de mi esposo y de mi hija.

FLORES. ¡Tú un esposo! una hija.

JIM. Sí:
¿lo ignorabas?

FLORES. Lo ignoraba,
tal secreto nunca oí.

JIM. Pues bien, aprende de mí
del deber á ser esclava.

FLORES. Esclava de mi virtud
sabrá á su austero rigor
doblarse mi juventud,
que mucho mas que el amor
puede en mí la gratitud.
Ahogaré mis desvarios
amantes y mis desvelos,
y mis dolores impios,
que tus duelos son mis duelos
y tus pesares los mios.
En mi ser fuerza reside,
que por mas que á Ordoño adore
olvido el deber me pide;
(Arrojándose en los brazos de Jimena.)
pero, ¡ay! antes que le olvide,
deja! deja que le llore.

JIM. (Abrazada.) ¡Hija! y vencerte sabrás?

FLORES. Aunque me mate la pena.
Sí, ya verás! ¡ya verás!
(Llorando con efusion.)
Puedo yo hacer mas, Jimena,
¡madre! ¿puedo yo hacer mas?

JIM. Ilusiones de un momento
en tu corazon aun niño

no tienen durable asiento,
ya olvidarás tu tormento
con mi maternal cariño.
(Jimena le da un beso en la frente y váse segundo término derecha.)

ESCENA V

FLORESINDA.

¡Es fuerza! le olvidaré!
mi pasion extinguiré;
pero ¡es posible! ¡ay de mí!
¿es mi madre? no, ¿y por qué?...
cuán desdichada nací!

ESCENA VI.

FLORESINDA, ALFONSO por el foro.

ALF. ¡Una espada! mi puñal! sálvate! dijo
aquel hombre, y partió, dejando abiertas
de mi triste prision las dobles puertas:
¿qué es esto? ¿qué será? traicion de fijo!
¿Quién osado descorre sus cerrojos,
armas me da, la libertad me brinda
sin temer del monarca mis enojos?
¿Dónde me encuentro?
(Reparando en Floresinda.) ¡Cielos! ¡Floresinda!
FLORES. ¡Ordoño! ¡Ordoño aquí!
ALF. ¡Luz de mis ojos!
¡Aquí tú! libre yo! ¡ah! mi ventura
tras la tiniebla que de horror cubria
con su silencio mi prision oscura,
tu voz, tu rostro angelical me envia;
tu voz con su dulcísima armonia,
tu rostro con su espléndida hermosura.
FLORES. ¡Huye, Ordoño, por Dios! ¡huye! y advierte
que la traicion acecha tus pisadas,
que van detrás de tí venganza y muerte,
que estan tus horas por el rey contadas.
ALF. ¡Huir! no temo el sanguinario encono

del rey, quien como yo de honor blasona,
su derecho y valor lleva en su abono;
yo arrojaré al bastardo de su trono
y ceñiré á mis sienes su corona.

FLORES. ¿Cuál es tu intento?

ALF. En mi valor confia!

FLORES. ¡Valor inútil! ¡temeraria empresa!
¿quién su poder subyuga?

ALF. ¡La osadia!

FLORES. La osadia es la muerte.

ALF. ¡Ó es la hazaña!

FLORES. ¿Quién ayudarte puede?

ALF. La sorpresa!

FLORES. ¿Quién al leon arrancará su presa?

ALF. Quien á las fieras doma en la montaña.

FLORES. Te pierde tu ambicion: ya que el destino
la libertad te dió, no así insensato
malogres la ocasion que te previno,
vete pronto de aquí, busca el camino
antes de que despierte Mauregato.

ALF. ¿Y al temor de la muerte
pretendes tú que mi valor se rinda?
cansado estoy de mi contraria suerte!
¡huir! y para qué! ¿para perderte?
para perder el trono, Floresinda.
No; veinte años luché con ansia loca,
con mi ambicion creciendo mi esperanza,
pero hoy al trono real mi planta toca,
hoy su brillo me incita, me provoca;
¡quién tan cerca le tiene y no le alcanza!
No me detengas!

FLORES. ¡Piensa en tus contrarios!

ALF. Son muchos, y qué importa?

FLORES. Y poderosos!

ALF. Poderosa es como ellos mi osadia;
tambien en Pravia tengo partidarios
valientes, numerosos,
que se alcen contra el rey á la voz mia.

FLORES. ¿Cómo de Theudia el hijo á tal se empeña?

ALF. No soy el tosco montañés, el rudo
cazador del Nalon que en la alta breña
contra las fieras te sirvió de escudo.

Ese rey no es mi rey, ¿los dos iguales?
jamás; holló mi planta estos umbrales
en mi niñez; cercano al régio asiento,
orné mi cuerpo con insignias reales.
¿Cómo pretendes tú que mi ardimiento
vaya á temer ahora
al vil bastardo de la esclava mora?
Luego al destino bárbaro y sangriento
tras un feroz delito,
viéronme erante, prófugo, proscrito,
los montes de Guipúzcoa y de Sanabria,
mientras debajo de mi tosco sayo
hervia con la sangre de Pelayo
la del nieto del duque de Cantabria.
Por eso ante su vista me presento,
no como igual, mi intrepidez pregona
que es mi espada mejor que su corona.
que si él tiene poder, sóbrame aliento!

FLORES. ¡Tú, Alfonso!

ALF. Alfonso, que en sus manos tiene
la existencia del rey aborrecida
y que á vengar sus infortunios viene.
¡Dios su vida me da! voy por su vida!
(Desenvaina el puñal.)
Este puñal me deparó el destino,
yo en el usurpador clavarle quiero
y á la cámara real me abro camino.
(Se dirige al cuarto del rey.)

FLORES. Esa es el arma vil del asesino.

ALF. (Arrojando el puñal y desenvainando la espada.)
La espada empuñaré del caballero.
Mi derecho me escuda,
hijo y nieto de rey en la contienda,
el triunfo alcanzaré si Dios me ayuda,
si no, esta espada se hundirá desnuda
dentro del corazon de honor en prenda!
Adios!

FLORES. ¡Detente?

ALF. Adios!—Oye. Mi intento
es reinar ó morir; á tal me obligo;
si muero... guarda en tí mi pensamiento,
pero si alcanzo el soberano asiento

júrolo á Dios! le partiré contigo!
(Óyese rumor en la cámara real.)

FLORES. ¡Oh! no vayas, Alfonso, has escuchado
ese ruido confuso?

ALF. ¡Impia suerte!

FLORES. Huye pronto de aquí, desventurado!
huye pronto de aquí! ¡vas á perderte!
En la cámara real rumor se escucha!
¿no ves la luz de las antorchas? ¡Parte!

ALF. Cuándo terminarás... sangrienta lucha!

FLORES. ¡Qué puedes solo tú! ¡cómo salvarte!
¿Qué vale tu altivez y tu arrogancia
contra el destino impio!
Ya no puedes huir!—Entra en mi estancia!

ALF. ¡Floresinda!
(Floresinda hace entrar á Alfonso en el primer término derecha.)

FLORES. ¡Silencio! ¡Oh Dios! ¡Dios mio!
(Quédase inmóvil al frente de la puerta.)

ESCENA VII.

AURELIO, PAJES, GUARDIAS que salen precipitadamente de la cámara real con antorchas. FLORESINDA delante de la puerta de su estancia.

AUR. Avisa á Sancho; tú á Lupo;
tú á Teodofredo, tú á Ordoño.

FLORES. (Ap.) Han descubierto su fuga,
no hay remedio. ¡Dios piadoso

AUR. Que á la cámara real vengan;
los demas condes, vosotros...
(Vánse pajes y guardias por el fondo.)

FLORES. ¿Qué acontece?

AUR. ¡Mauregato
ya no existe, ¡oh qué espantoso
suceso!

FLORES. ¿Qué dices? habla!

AUR. Yerto me tiene el asombro.
Velaba yo junto al lecho
del monarca, que en reposo
yacia, pues ser me toca

de su persona custodio,
cuando observé que en su sueño
anhelante y fatigoso
daba desasosegadas
vueltas de á un lado y á otro.
Creíle por un momento
presa de lúgubre insomnio,
y á hablarle me disponia,
cuando sacó los nerviosos
brazos de los blancos lienzos
buscando en el lecho apoyo,
y las ropas arrojando
alzó los desnudos hombros.
Fijó su vista en mi vista
balbuceando acentos sordos,
rodaron sanguinolentas
las órbitas en los ojos
y al volcan de sangre ardiente
embermejósele el rostro.
Repentinamente el cuerpo
cayó sobre el lecho aplomo,
doblegáronse sus brazos
lánguidos, yertos y flojos,
sonaron dentro del pecho
dos ó tres quejidos roncos,
huyó con ellos el alma
del monarca poderoso,
y en el lecho solo quedan
sus corporales despojos.

FLORES. ¡Señor! ¡serán tus designios
el dar la corona á Alfonso?

AUR. No; la eleccion del monarca
toca á los grandes tan solo,
y los condes de palacio
no dan á Alfonso sus votos.

FLORES. ¿Y por qué?

AUR. No se ha extinguido
á su padre Fruela el odio,
y Alfonso en su pecho abriga
de la venganza el encono.
Pero ¿qué será del reino
si huérfano queda el sólio?

En facciones dividido,
presa y juguete del moro,
que sagaz en la frontera
busca de su intento el logro.
Por eso es fuerza que hoy mismo
un monarca ocupe el trono
que con dura mano enfrene
los proyectos ambiciosos.
Por eso á la régia cámara
hoy á los nobles convoco,
para que antes que el sol brille
monarca tengamos todos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, GARCIA.

GARCIA. (Saliendo precipitado por el fondo.)
Jimena! ¿do está Jimena?
FLORES. ¿Qué quieres?
GARCIA. Á hablarla corro;
en dónde está?
FLORES. En su aposento.
¿Por qué?
GARCIA. Se ha fugado Alfonso!
Mas debe estar en palacio,
que con llaves y cerrojos
estan cerradas las puertas
hasta la aurora.
AUR. Hoy no...
GARCIA. Cómo!
AUR. Abiertas estan, Garcia;
ha sido abrirlas forzoso,
el rey ha muerto esta noche
repentinamente.
GARCIA. Qué oigo!
AUR. Los grandes he convocado
para la eleccion y pronto...
¡ya llegan! tú no te tardes.
GARCIA. ¡ imena! ¡Dios poderoso!
(Éntrase en el aposento segunda puerta derecha.)

ESCENA IX.

FLORESINDA á la puerta de su habitacion, AURELIO, grande de palacio, SANCHO.

Los nuevos personajes salen por la puerta del fondo, y atraviesan el teatro, entrándose en la cámara real. Aurelio le sigue. Sancho que ha visto á Floresinda, se queda al fondo.

SANCHO. (Ap.) ¡Floresinda!
FLORES. (Creyéndose sola.) Ya estoy sola,
de librarle es ocasion.
(Abre la puerta de su aposento.)
Sal!
SANCHO. (Alto.) Floresinda!
FLORES. (Cerrándola repentinamente.) ¡Ah! no salgas!
SANCHO. Dónde...
FLORES. Á mi cámara voy.
SANCHO. ¿Con quién hablabas?
FLORES. Con nadie.
SANCHO. Parecióme oir rumor.
FLORES. Fué ilusion sin duda.
SANCHO. Sí,
sin duda ha sido ilusion.
(Ap. viendo en el suelo el puñal que arrojó Alfonso.)
El puñal que he dado Alfonso
aquí está. (Á Floresinda.)
¿Vas?
FLORES. (Vacilando.) Es mejor
ir á buscar á Jimena.
SANCHO. Tu pensamiento cambió?
FLORES. Adios, y ayúdate el cielo.
SANCHO. Y á tí te proteja. Adios.
(Váse Eloresinda por el segundo término derecha.)

ESCENA X.

SANCHO, despues el ERMITAÑO.

SANCHO. La muerte del rey ignora,

la sabrá. (*Da tres palmadas.*) Sal.

ERM. Aquí estoy,
¿qué ocurre, Sancho?

SANCHO. Esta noche
el rey ha muerto, señor.

ERM. Qué dices?

SANCHO. En la real cámara
se está haciendo la eleccion.

ERM. ¡Muerto Mauregato!

SANCHO. ¡Muerto!

ERM. Veo la mano de Dios.
Mas cómo su muerte ha sido?
¿le mataron á traicion?

SANCHO. En el lecho acometióle
un fiero mortal sopor.

ERM. ¿Y no despertó del sueño?

SANCHO. Del sueño no despertó.

ERM. ¡Dios tenga piedad de su alma!
ha muerto sin confesion!
rey de Asturias será Alfonso.

SANCHO. ¡Cómo! Alfonso rey?

ERM. Sí.

SANCHO. No.

ERM. ¿Por qué?

SANCHO. Los grandes no olvidan
del cruel Fruela el rigor.

ERM. ¿Y al hijo culpan?

SANCHO. El hijo
sangre tiene del Neron.

ERM. El hijo es Balto, y es noble
y valiente, y tiene honor.

SANCHO. El hijo acordarse puede
de que su padre espiró
á hierro y querrá vengarse:
es de temer su rencor.

ERM. ¿Dónde está Alfonso?

SANCHO. Sospecho
que en esa cámara entró?

ERM. Rey de Asturias será Alfonso.
Si justos los grandes son
solo uno de orígen Balto
vive, y es él.

SANCHO. Viven dos!
ERM. Quién es el otro?
(Sancho vacila, pero al ir á inclinarse ante el Ermitaño, este le detiene.)
¡Ah! silencio!
silencio!
SANCHO. ¿Eres siervo?
ERM. No.
SANCHO. ¿Eres noble y godo y Balto?
ERM. Noble, godo y Balto soy.
SANCHO. ¿Motilado has el cabello?
(El Ermitaño arroja hácia atrás la capucha y deja ver una magnífica cabellera.)
ERM. ¡Mira!
SANCHO. ¿Pues por qué razon
no has de ser rey?
ERM. Dios lo sabe.
SANCHO. Sí, pero no lo sé yo.
Rey tu hermano Aurelio ha sido,
de Aurelio fué sucesor
Silo; tras él Mauregato
al trono real se encumbró;
Mauregato, Silo, Aurelio,
rigieron á la nacion,
¿no puedes tú por ventura
regirla mucho mejor?
ERM. Parte á la cámara real,
levanta en ella tu voz
y proclama rey á Alfonso.
SANCHO. (Ap.) Si no podré ¡voto al sol!
(Alto.) Sabes que es tuya mi vida,
que es tuyo mi corazon,
sabes que siempre tus órdenes
Sancho sin dudar cumplió,
señor, mas lo que hoy me mandas...
ERM. Sancho! como ayer cumple hoy,
te lo ordeno.
SANCHO. Voy al punto.
(Ap. al irse.)
Ya sé lo que he de hacer yo.
(Éntrase en la cámara real.)

ESCENA XI.

EL ERMITAÑO, ALFONSO.

ALF. (*Saliendo del primer término derecho.*)
De ese confuso rumor
nada pude averiguar,
y cánsanse de esperar
mi impaciencia y mi valor;
solitaria está la estancia
y propicia á mi deseo
la ocasion.
(*Al encaminarse á la cámara real ve al Ermitaño.*)
Pero qué veo!
ERM. No te valió tu arrogancia,
Alfonso, tu ceguedad
te perdió.
ALF. Por vida mia!
ERM. Nada vale la osadia
si raya en temeridad.
ALF. ¿Quién eres, dime, que así
vas de mi destino en pos?
ERM. Un enviado de Dios
que velando está por tí.
Quien libró mas de una vez
de graves riesgos tu vida,
quien de tí y de tu honra cuida
casi desde tu niñez.
El que á tu ciega ambicion
puso límites y raya
en los montes de Vizcaya
y en el valle del Nalon.
Quien por tí supo velar
y que hoy te viene á decir:
ya no hay riesgo de morir,
Alfonso, vas á reinar.
ALF. ¿Qué estás diciendo?
ERM. Lo cierto.
ALF. Yo reinar!
ERM. Tú!
ALF. Por mi fé!

lo que me dices no sé.
ERM. El rey Mauregato ha muerto.
ALF. ¡Cielos!
ERM. El reino está falto
de una poderosa diestra,
y Dios la tuya nos muestra,
tú solo, Alfonso, eres Balto.
Cercana está la eleccion,
en tu derecho confia.
ALF. Corona! corona mia!
¿y es cierto? ¿sueños no son?
¿que soy rey de Asturias?
ERM. Sí.
Rey proclamado serás.
ALF. (Dirigiéndose á la cámara real.)
¡Dios de Dios!
ERM. ¿Adónde vas?
ALF. Voy por mi corona.
ERM. ¡Allí!
espera!
ALF. Mis adversarios
muchos son, y desconfio.
ERM. Ante la ley, hijo mio,
no hay parciales ni contrarios.
ALF. Gran poder tiene la ley,
gran influjo, gran valor,
mas tendrá fuerza mayor
protegida por el rey.
ERM. Aun no eres rey.
ALF. Serlo fio,
y cánsome de esperar;
¡lo que es mio me han de dar!
suyo es entonces, no mio.
¿Por qué humillarme á esa grey
si á la ley se han de ceñir?
ERM. Porque la deben cumplir
todos, los grandes y el rey.
Porque ella así lo ordenó,
todos tienen sus deberes:
que ellos te elijan; rey eres.
ALF. ¿Y si no me eligen?
ERM. No.

ALF. Ley miserable y menguada,
por Cristo, debe de ser
cuando la puedo romper
con la punta de mi espada.
El pedir es deshonor
lo que yo puedo alcanzar.

ERM. Si así consigues reinar,
serás un usurpador.
Corra tu loco despecho,
mas debo hacerte saber,
que á un tiempo puedes perder
tu corona y tu derecho.
Y que si tu honra ambiciona
limpia ser y no bastarda,
tu derecho siempre guarda
aunque pierdas tu corona.
¡Vacilas! ¡ah! la virtud
que siempre tus pasos guia,
templa la audaz energia
de tu ardiente juventud.
Adios.

ALF. ¿Adónde vas?

ERM. Voy
tu corona á defender.

ALF. Tú puedes?

ERM. No he de poder?

ALF. Tú eres noble?

ERM. Noble soy.
Para alzarte rey acudo
á la eleccion. Rey serás.
(Dirígese á la cámara real. Á los guardias.)
Dejad libre el paso!

GUAR. ¡Atrás!

ERM. (Echándose atrás el sayo y quedándose con el traje dela época.)
¡Paso al infante Bermudo!
(Éntrase en la cámara real.)

ESCENA XII.

ALFONSO, despues JIMENA Y GARCIA por la segunda puert derecha.

ALF. ¿Bermudo? ¿quién dijo? ¿quién?
¡Bermudo vive! ¡y es cierto!
existe! existe! ¡no ha muerto!
(Reflexivo.)
Bermudo es Balto tambien.

JIM. Antes de que llegue el dia
se termina la eleccion.

GARCIA. ¿Y los nobles?

JIM. Mios son,
falta el pueblo, anda Garcia,
háblale!

GARCIA. Le traigo?

JIM. Sí,
podrás?

GARCIA. Alzarle confio
contra Alfonso, el pueblo es mio!
(Váse por el fondo)

ALF. ¿Quién habla de Alfonso aquí?

ESCENA XIII.

ALFONSO, JIMENA.

ALF. ¡Una mujer! ¡Jimena!

JIM. ¡Alfonso! ¡oh cielo!
présteme Dios sus poderosas iras,
ya el momento llegó.

ALF. ¿Cuál es tu anhelo?
¿por qué con odio y con rencor me miras?
¿quién eres? ¿qué deseas? ¿por qué ardiente
veo tu faz y en ella los enojos?
¿por qué al mirarme núblase tu frente?
¿por qué fuego voraz lanzan tus ojos?

JIM. ¿Por qué Alfonso? ¡por qué! porque una idea
acaricio ha veinte años y cumplida
quiere tu adversa suerte que hoy la vea,

porque ha veinte años voy tras una vida
que siempre libra mi fatal destino,
y hoy por fin va á cumplirse mi deseo,
porque al llegar al fin de mi camino,
entre mis manos vengadoras veo
brotar la sangre vil del asesino.

ALF. ¡Yo asesino!

JIM. Tú no; pero ¿qué importa?
su sangre corre en tí, sangre maldita
que el hondo infierno en su furor aborta!

ALF. ¿Qué horrible ceguedad te precipita,
qué espantosa demencia te conmueve,
qué frenético encono te arrebata
que una débil mujer así se atreve
mi enojo á provocar? ¡calla, insensata!
Si contra mi valor y mi nobleza,
contra mi sangre real y mi hidalguia
armas te da tu mujeril flaqueza,
tu imprudente delirio te extravia.
Traidor es quien insulta al soberano,
alzarme al trono real al cielo plugo,
si en tí no pongo, por mujer, mi mano,
guarda, Jimena, la pondrá el verdugo!

JIM. No es ceguedad, ni frenesí mi encono,
no son vanos delirios mis injurias,
piensas subir al trono? ¡tú en el trono!

ALF. Yo soy de Asturias rey!

JIM. ¡Tú rey de Asturias!
¡Y dices que mi mente se extravia!
¿que ilusoria ficcion turba tu mente
que así al régio dosel llegar confia?
¿dónde está tu poder? ¿dónde tu gente?
¿Imaginas que Asturias ha olvidado
de Fruela la crueldad, de aquel impio
el vengativo encono desbordado
que llevó por sus reinos desatado
de noble sangre caudaloso rio?
Eso Alfonso, jamás, nunca se olvida;
sube al palacio, baja á la cabaña,
penetra en la mansion mas escondida
y encontrarás las huellas de su saña,
y verás su memoria maldecida

á una voz, voz inmensa, repetida
en la ciudad, y el llano y la montaña.
Yo en nombre de sus víctimas sin cuento,
yo en nombre de mi esposo, de su hermano,
la venganza de Dios llevo en mi aliento.

ALF. ¡Qué oigo! ¿la viuda tú de Vimarano?
Tú la mujer cuyo furor odioso
el sangriento puñal clavó en mi padre
fija en el odio, en la venganza fija!

JIM. Era esposa... y matáronme á mi esposo,
era madre... y matáronme á mi hija!
¡qué ha de hacer una esposa y una madre!
Huyó de mí la mujeril flaqueza
y en varonil esfuerzo se convierte;
la voz de mi deber me dá entereza
y solo cederá mi fortaleza,
ó con tu muerte Alfonso, ó con mi muerte;
no extrañes, no, que mi rencor exija,
padre por padre, Alfonso, hijo por hija.

ALF. Pues bien, la lucha acepto, desgraciada.

JIM. ¡Necio quien tanto de valor blasona!
(Oyese rumor de pueblo á lo lejos que se va apro ximando)

ALF. Yo veré mi cabeza coronada.

JIM. Yo veré tu cabeza ensangrentada
rodar ante mis plantas sin corona.
¿Oyes ese rumor? Esa es la airada
justicia popular, ¡Dios te abandona!

ALF. Pues qué tú del honor rompes los lazos...

VOCES. (Fuera.)
¡Muera Alfonso!

JIM. ¿Lo escuchas?

ALF. Pues que fiera
te arrastra la venganza, antes que muera,
execrable mujer, te haré pedazos!
(Desenvaina la espada.)
Contigo es mengua la honra y la hidalguia,
Muere pues!

VOCES. (Inmediatas.) ¡Muera Alfonso!

JIM. (Huyendo á la puerta del fondo.) ¡Aquí, Garcia!

ESCENA XIV.

ALFONSO, JIMENA, GARCIA, por el fondo y PUEBLO que se precipita en desórden, despues BERMUDO.

PUEBLO. ¡Muera Alfonso!
ALF. (Con la espada desenvainada al frente de ellos.)
¡Turba infiel!
¿quién es quien mi muerte anhela?
GARCIA. Ese es el hijo de Fruela
el sanguinario, el cruel.
Matadle pues!
ALF. (Con arrogancia.) Tus injurias
desprecio, pueblo villano;
quién osa poner su mano
en el monarca de Asturias?
Aquí estoy, cobarde grey,
quién alza la voz aleve?
¿quién de vosotros se atreve
á matarme!
VOCES. (En la cámara real.)
¡Viva el rey!
PUEBLO. (Adelantándose.)
¡Muera! muera!
BERM. (Saliendo apresurado de la cámara real con la espada desnuda y poniéndose delante de Alfonso.)
¡Yo te ayudo!
ALF. (Con energia.)
Acaso, mancebo intonso,
necesito yo de escudo?
(Levantando la espada.)
¡Asturias por don Alfonso!
SANCHO. (Saliendo con los demas nobles de la cámara real.)
¡Asturias por don Bermudo!

ESCENA XV.

ALFONSO, JIMENA, GARCIA, BERMUDO, SANCHO, AURELIO, NOBLES, por la cámara real y PAJES, HERALDOS, ESCUDEROS, PUEBLO al fondo.

Los pajes traen en almohadones una corona y un cetro, y otro una espada; los demas y los escuderos antorchas.

ALF. ¡Qué oigo!
SANCHO. ¡Bermudo! los grandes
de palacio, muerto el rey,
quieren conforme á la ley,
que nos gobiernes y mandes.
Los concilios que nos rigen
previsto lo tienen todo,
y el trono te dan por godo,
porque eres Balto de orígen.
Por tu nobleza heredada,
porque de sangre real vienes,
porque eres libre, y no tienes
la cabeza motilada.
(Sacando la espada y arrodillándose ante Bermudo.)
Hoy yo el primero á tus pies,
rey de Asturias, te saludo.
Mañana serás, Bermudo,
alzado sobre el pavés.
BERM. (Pensativo y mirando alternativamente á Alfonso y á la corona, ap.)
Señor! debo tu precepto
cumplir? ¿cabe en esto duda?
Mas no, mi intencion me escuda.
Rey soy.
(Alto y tendiendo el brazo sobre la corona.)
¡La corona acepto!
ALF. (Arrojándose á él.)
¡Ah, traidor!
(Los nobles y Sancho presentan sus espadas al pecho de Alfonso.)
BERM. Mozo insensato!

al rey tan viles injurias!

ALF. (Preparándose á clavarse la espada.)
Ó soy muerto ó rey de Asturias.
¡Muerto soy!

BERM. (Arrancándole la espada y arrojándola.)
Ten tu arrebato!
Que la vida te salvó
mi amistad sincera advierte.

ALF. (Desesperado.)
Vida así, no es vida, es muerte,
para qué la quiero yo!
¿Quién tu amistad solicita?
Bizarra amistad será
la que una vida me da
y una corona me quita.

BERM. El trono me da la ley
y la ley siempre obligó.
Rey me reconoces?

ALF. No:
si hay rey aquí, soy yo el rey;
aunque adverso mi destino
nadie mi entereza doma!

BERM. ¡Vana ilusion!

ALF. ¡Vana!

BERM. (Sacando un pergamino y dándoselo.)
Toma!
toma, y lee ese pergamino.

ALF. ¡Del Pontífice Romano!

BERM. El sello asi lo declara!

ALF. Báculo, llaves y tiara!

BERM. El signo del Papa Adriano.
Abre y lee, que así á tu ardor
darás espacio.

ALF. Abro y leo.
(Leyendo.)
»Á tí Bermudo.»
(Interrumpiéndose.)
¡Ah! ¡qué veo!
y por mí! por mí!
(Arrodillándose.)
Señor
lo que tu alteza me mande

cumpliré, dispon de mí.

BERM. (Levantándole.)
No debe de estar así
el nieto de Alfonso el Grande.
Levanta, yo mis promesas
cumpliré, que ya me tarda
el cumplirlas—Dios te guarda
para muy altas empresas.
Yo en la mia no desmayo.

ALF. (Queriendo arrojarse á sus pies.)
Déjame besar tus pies.

BERM. (Tomando la espada que trae en un almohadon el paje.)
Toma, hijo mio, esta es
la espada del rey Pelayo.
Cuando el moro se te oponga
de él este acero te libra,
parte contra el moro y vibra
el rayo de Covadonga. (Dásela.)
Hoy sus huestes altaneras
asoman embravecidas
y amenazan atrevidas
traspasar nuestras fronteras.
Con ese acero en la mano
acomete á los infieles
y confunde tus laureles
con los del héroe cristiano.
Contra ellos en son de guerra
muestra tus alientos! Parte
y tiende nuestro estandarte
sobre la española tierra.
La santa cruz enarbola,
eclipsa la media luna,
que Asturias sea la cuna
de la Nacion Española.

ALF. (Abrazado á la espada.)
Noble espada de Pelayo
¡que entre mis manos estás!
tú contra el moro serás
asombro, y de muerte rayo.
Hoy mi valor te promete
por tu cruz, que es mi blason,

que ha de vengar el Nalon
agravios del Guadalete.
Y esas naciones extrañas
que nos acosan guerreras
huirán, como huyen las fieras
por nuestras rudas montañas.
Ven conmigo á la pelea
¡espada! ¡espada divina!
(Penetra la luz del sol, por las ventanas de la antecámara.)

BERM. Que el sol que nos ilumina
el sol de tu gloria sea,
su vida y radiante luz
tu primer victoria alumbre,
que al par de ese sol, se encumbre
triunfante la Santa Cruz.
Cuando á tu valor se rinda
el moro, premio tendrás;
y en recompensa ademas
la mano de Floresinda.

ALF. Siento aquí brotar la gloria!
de entusiasmo el pecho late.
(Con arranque enérgico.)
¡Asturianos! ¡al combate!

TODOS. ¡Al combate!

BERM. Á la victoria!

TODOS. Á la victoria!
(Vánse precipitadamente todos por el fondo menos Jimena y Garcia.)

ESCENA XVI.

JIMENA, GARCIA.

JIM. (Con risa convulsiva.) ¡Já! ¡já!

GARCIA. ¡Traidor el destino es!

JIM. Já! já! já! já! ¿no le ves?
no ves qué orgulloso va?
¡Infeliz! nada recela!

GARCIA. ¡Cielos! tu mente delira,
qué tienes?

JIM. ¿Qué tengo? (Sacando el puñal.)
Mira!
GARCIA. ¡El puñal!
JIM. (Reconcentrada.) ¡El del rey Fruela!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon real. Puerta grande al fondo que da á una galeria con balaustrada. Forillo de monte. Puertas laterales. Derecha, primer término, dosel y trono.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO asomado á la balaustrada de la galeria.

¡Hermoso dia, por Cristo!
El sol por el horizonte
se encumbra, limpiando el cielo
de los nocturnos vapores.
De las alamedas verdes
el viento manso que corre,
trae hasta esta galeria
la fragancia de las flores.
*¡Brava cosecha! este año
*como Dios no la malogre
*con viento, nube ó pedrisco,
*es ¡pardiez! de las mejores.
*Brotan el maiz, la escanda
*en los áridos terrones,
*como brota sin cultivo
*la verde jara en el monte.

*Por eso salen al campo
*codiciosos labradores
*al alba, para que el fruto
*del trabajo se les logre.
*Allí dos uncidos bueyes
*tiran de una piedra enorme,
*y las heras abundantes
*con tardo paso recorren.
*Con el bieldo allá separan
*la paja y grano en montones,
*y otros vuelcan en el carro
*las mieses para las trojes.
*Mientras en hondas calderas
*la blanca leche recojen
*las mujeres, esprimiendo
*de las vacas los pezones.
*Allá á lo lejos negrean
*los racimos; que me ahorquen
*si no tenemos este año
*blanco plan y llenas odres.
*Villanos nos lo cultivan
*para recreo de nobles;
*bien hecho está, que por eso
*hay plebeyos y señores.
¿Quién tan á deshora sale
de palacio? ¡por San Jorge!
esa mujer es Jimena
segun el talle y el porte.
Dejar el lecho á la aurora
y tomarle á media noche...
pardiez, que me extrañan esos
caprichos madrugadores.
¿Quién es aquel que á caballo
baja á tendido galope?
¡Válame Dios! ¿no es Garcia?
sí, es el mismo, paróse;
malas nuevas trae sin duda
segun el ceño que ponen.
Los dos vuelven á palacio.
Que alfanje moro me corte
la cabeza, si algo bueno
tratan Jimena y ese hombre.

ESCENA II.

BERMUDO por la izquierda, SANCHO.

BERM. ¡Sancho!
SANCHO. Señor! ¿qué me mandas!
BERM. ¿Qué haces?
SANCHO. Cumplir con tus órdenes.
BERM. ¿Qué has descubierto?
SANCHO. Seguro
nada, señor.
BERM. Pues entonces...
SANCHO. Pero sospecho.
BERM. Sospechas?...
SANCHO. No creo que me equivoque.
Estan Jimena y Garcia
como en otro tiempo acordes,
y ella salió con la aurora
hoy á la orilla del bosque.
Á poco rato el segundo
á escape bajó del monte,
trocaron unas palabras...
que debieron ser feroces
segun el sañudo ceño
de ambos; en palacio entróse
Jimena y detrás Garcia
mustio, torvo y. . por San Cosme!
ser ellos buenos, es dar
duraznos el alcornoque.
Cuánto va que nos espera
otra como aquella noche
en que á Alfonso libertamos
en Vizcaya, de los golpes
conque matarle querian
aquellos fieros sayones?
BERM. Aun te acuerdas?
SANCHO. ¿Si me acuerdo?
Acuérdamelo el mandoble
con que me partió la frente
aquel Judas Iscariote,
¿cómo quieres que lo olvide?

¡por el santo de mi nombre!
Reconocerle no pude,
que era sombria la noche,
y huyó, mas si la ventura
algun dia me le pone
frente á mí, juro á los cielos
que lo que me dió le torne.

BERM. Terrible noche fué aquella;
si en nuestro auxilio no acorre
Dios, nuestra muerte es segura.

SANCHO. Aunque fueron vencedores,
porque eran muchos, al cabo
nuestro intento consiguióse.
Salvamos á Alfonso.

BERM. Pero
los míseros pescadores
que en su choza le albergaron
su desprendimiento noble
pagaron con la existencia,
Dios en cuenta se lo tome.

SANCHO. ¡Y qué remedio! en el mundo
no se reparte en porciones
iguales el mal y el bien;
al que el primero le toque
por fuerza ha de conformarse,
porque aunque no se conforme
es lo mismo; fué el reparto
poco igual aquella noche.
Alfonso salvó la vida,
murieron los pescadores,
á uña de caballo huiste
logradas tus intenciones,
el triunfo les tocó á ellos,
y á mí me tocó el mandoble.

BERM. Ya pasó aquel tiempo, Sancho,
de horror y persecuciones,
y hoy su valor ejercita
con logros mas superiores
Alfonso, contra los árabes
que usurpan nuestras regiones:
tres años há que de Pravia
el bravo Alfonso partióse;

y en tres años la victoria
sin cesar acompañóle.
Ya no nos retan los moros
del lado allá de los montes,
ya no suenan añafiles
ni atabales, ni á atambores,
el espanto llevó Alfonso
al frente de sus legiones.
Por las montañas del Vierzo
con su ejército en desórden,
van errantes, fugitivos,
los árabes invasores.

SANCHO. ¿Hoy torna á Pravia?

BERM. Sí, Sancho.
Es justo que el premio logre
á su valor prometido
y he de cumplirlo.

SANCHO. Aunque ignore
cuál es ese premio, pienso
que serán régios sus dones.

BERM. Ademas de deudo mio,
es el primero en mi córte,
quiero que se le tributen
como á quien es los honores,
y como de Floresinda
su rey la mano ofrecióle,
tengo para cuando llegue
preparado el sacerdote.
Hoy se han de unir.

SANCHO. ¡Vive el cielo,
que la recompensa es doble!
Lo que va de ayer á hoy,
¡vive Dios!

BERM. ¿Que eso te asombre!

SANCHO. ¡Qué es asombrar, por mi vida!
pues los tiempos nunca corren
iguales, yo me prometo
que devolveré el mandoble.

ESCENA III.

BERMUDO, SANCHO, FLORESINDA, por la derecha.

SANCHO. Es Floresinda!
BERM. Hija mia!
al sol en belleza igualas!
FLORES. No he de vestirme con galas,
señor, en tan fausto dia?
si torna Alfonso, señor,
¿quién con galas no se adorna?
señor, cuando Alfonso torna,
qué quieres que haga mi amor!
SANCHO. ¿Porque ha triunfado en la lucha
contra el moro eso le espera?
si en Sancho envidia cupiera
tuviérale Sancho envidia.
BERM. Á recibirle disponte.
SANCHO. Señor... aun hay largo espacio.
(Ap.) ¿Por qué salió de Palacio?
¿á qué fué Garcia al monte?
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

BERMUDO, FLORESINDA.

BERM. ¿Que eres tan dichosa?
FLORES. Sí;
hoy, señor, veo cumplida
una ilusion de mi vida
que realidad no creí.
Por donde quiera que voy
la dicha, la gloria veo,
¿cómo tan alto deseo
logrado por mí? ¿quién soy?
¿Cómo tan grandes honores
para mí?
BERM. ¿Y eso te extraña?
FLORES. Sí, quien nació en la cabaña
de unos pobres pescadores,

la que pasó su niñez
en las orillas del rio,
pobre, desnuda, con frio,
con hambre, señor, tal vez.
La que groseros pañales
tuvo tan solo en su cuna,
¿cómo la alza la fortuna
á alientos tan principales?

BERM. Eso el sumo Dios reserva
al alma pura y sencilla,
¿dónde naciste?

FLORES. En la orilla
nací del risueño Nerva.

BERM. ¿Del Nerva en la orilla?

FLORES. Sí,
en aquella hermosa playa.

BERM. ¿Y fué en Vizcaya?

FLORES. En Vizcaya.

BERM. ¿Qué dices?

FLORES. Allí nací:
al pie del monte altanero,
en un albergue sencillo,
al aroma del tomillo,
al perfume del romero.
Allí donde el aura brinda
suave frescura y olores,
y como nací entre flores
llamáronme Floresinda.

BERM. Sigue.

FLORES. Al dulcísimo abrigo
viví de mi padre.

BERM. Dí;
¿ha muerto tu padre?

FLORES. ¡Ay! Sí.

BERM. ¿Quién fué tu padre?

FLORES. Rodrigo!

BERM. Rodrigo! Señor! Señor!

FLORES. Murió á un hombre defendiendo.

BERM. Murió, Floresinda, siendo
de tu Alfonso defensor.

FLORES. ¡Ah! ¿qué dices?

BERM. La verdad.

FLORES. ¿No me engañas?
BERM. Cierto es.
FLORES. ¡Oh padre mio!
BERM. Y despues
quién cuidó de tu orfandad?
FLORES. Todo de sangre cubierto
mi padre hasta mí llegó
vacilando, me tendió
los brazos y cayó muerto.
Di gritos de espanto al ver
de los verdugos la saña,
y entraron en la cabaña
un hombre y una mujer.
La mujer de enojo llena
y el hombre con faz sombria.
BERM. ¿Quién era el hombre?
FLORES. Garcia.
BERM. Y era la mujer...
FLORES. Jimena.
Al verlos llanto copioso
por mi desgracia vertí.
Jimena se acercó á mí
con aspecto cariñoso.
Sin duda mi llanto ardiente
la conmovió, pues decia:
«Mira esa niña, Garcia,
mira esa niña inocente.
Ella detiene mi huella
yo ampararé su orfandad,
mírala, la misma edad
que ahora tendria mi Estrella.»
Y los brazos me tendió
y llorando la seguí
y con Jimena viví
y amparo, señor, me dió.
BERM. Lloras!
FLORES. Sí, que en mi memoria
el tiempo desvanecia
aquel espantoso dia
y aquella sangrienta historia.
Y hoy su recuerdo tirano
vuelve, su triste recuerdo,

que al fin á mi padre pierdo
por mas que á mi Alfonso gano.

BERM. Dios ha amparado á los dos,
á él tu padre, Alfonso á tí;
¿en esto, hija mia, dí,
no ves la mano de Dios?

FLORES. Por su bendita clemencia
gracias le doy y le ruego
que torne á su alma el sosiego,
pues ya raya en la demencia;
si muerto lloré á mi padre,
yo humilde pido al Señor
no me dé el fiero dolor
de llorar loca á mi madre.

BERM. El furor que la enajena
tiene cegada su alma;
ya se irrita, ya se calma
al verte; ¡pobre Jimena!
Yo pienso que desvaria
al dar rienda á su furor.

FLORES. Si tú supieras, señor,
lo que temo yo este dia!

BERM. Por qué?

FLORES. Porque ha tiempo calla,
y es su ardiente pensamiento,
señor, lo mismo que el viento,
si se le comprime, estalla!

BERM. Lleva en su rostro la huella
de su mal.

FLORES. ¡Ah! ¿no la ves?
hácia aquí viene.

BERM. Ella es.

FLORES. Déjame sola con ella!

(Váse Bermudo por la izquierda.)

ESCENA V.

JIMENA por el fondo, FLORESINDA.

Jimena viene sombria y demostrando en su rostro y ademan que se halla próxima á la enajenacion mental.

JIM. Sí! Garcia le vió desde la cumbre

del monte atravesar la fértil vega,
del sol naciente á la primera lumbre;
no hay duda! Alfonso viene, Alfonso llega!
¿Y me podré vengar? ¡no sé! triunfante
hoy entra en Pravia y mi esperanza trunca;
un momento no mas! ¡uno es bastante!
¡un momento no mas!
(Con desesperacion.) ¡No llega nunca!
Cuándo será que mi dolor se agote,
Señor!
(Desde este momento en que empieza el delirio, la accion de la actriz debe ser muy pronunciada y en perfecta consonancia con los diversos sentimientos que tiene que expresar.)
(Escuchando.)
¿Qué ruido suena allá á lo lejos?
es un clarin! ¡corceles van al trote!
¡lanzas brillan del sol á los reflejos!
Espadas y puñales!
(La idea del puñal le recuerda el del rey Fruela, y le saca violentamente.)
¡Oh, Dios mio!
tambien tengo puñal! tambien mi mano...
(Preséntase á su imaginacion la muerte de su esposo.)
¡Oh! ten de él compasion! ¡detente, impio!
detente! que es mi esposo! que es tu herma- [no!
Roja su sangre inunda el pavimento,
¡noche de execracion! ¡noche sombria!
mil veces clava su puñal sangriento.
(Figurando que ve á su hija en la cuna.)
¡Ay, hija de mi alma! ¡ay, hija mia!
(Con sobresalto.)
Si contra tí su bárbara violencia
irá á vibrar el hierro ensangrentado!
antes ha de arrancarme la existencia!
(Con satisfaccion y orgullo.)
aquí está! la libré! ¡yo la he salvado!
(Despues de un momento de silencio.)
Silencio! el mar! el mar! la noche avanza!
(Con terror.)
Aun me persiguen, mas gané la orilla;

Dios me conserva esta última esperanza!
Un árbol! una cuerda! una barquilla!
(Con regocijo.)
¡Oh! me salvé! á la mar!
(Con miedo.) ¡Me van buscando!
(Con inquietud.)
¡Ay! se me hunden los pies entre la arena!
(Con satisfaccion.)
¡ah! ya voy navegando! navegando!
(Con espanto.)
¡qué ruido! es la borrasca! Llueve! truena!
(Con cariño.)
¡Ven! yo te abrigaré, pobre ángel mio!
(Figurando estrechar á un niño.)
Ven aquí! sobre el seno! aquí reposa!
estás casi desnuda! tendrás frio!
(Con terror.)
¡Qué noche tan cruel! tan espantosa!
(Figurando que oye un trueno y abre los brazos repentinamente.)
El rayo se desgaja por la esfera.
(Da un grito buscando á su hija.)
¿Dónde vas? ¿dónde estás? mar iracunda!
dame! dame á mi hija!
(Tendiendo los brazos.) Espera! espera!
(Cayendo desplomada.)
¡La maldicion del cielo me confunda!

FLORES. (Llorando y arrodillándose al lado de Jimena.)
¡Qué espantoso delirio! y es posible
que tanto tiempo el corazon taladre
recuerdo tan cruel! mal tan terrible!
Jimena, vuelve en tí! vuelve en tí madre!
¡Madre!

JIM. (Volviendo en sí poco á poco como conmovida por la voz de Floresinda.) [siento?
¡Ay! ¿en dónde estoy? qué es lo que
¡qué dulcemente el corazon palpita!
¡qué deliciosa voz! ¡qué blando acento!
(Ve á Floresinda, cree que es su hija y la tiende los brazos.)

¡Hija! eres tú! tú! tú!
(Reconociéndola y repentinamente.)
No! quita! quita!
tú mi hija no eres.

FLORES. Con el alma
lo soy, señora!

JIM. No.

FLORES. Si tú lo quieres,
verás cuán presto tu dolor se calma!

JIM. Si no lo eres, no, si no lo eres.

FLORES. Yo ese nombre dulcísimo, señora,
no me atrevo á invocar, pero confio
por este triste corazon que llora,
ese inmenso dolor y tu desvio.
Que cuando mas te aflija
tu pena dura, tu desdicha acerba,
si no el cariño de hija
la gratitud aceptes de la sierva.

JIM. ¡Tú mi sierva! ¡es posible! ¿y esas galas
que mas y mas aumentan tu hermosura,
esos suspiros que del pecho exhalas
son por mí?

FLORES. Por tí son!

JIM. ¡Vil impostura!
cuando en la orilla del Nalon bravio
los escabrosos montes recorrias
al dar consuelo á mi dolor impio,
no era así, Floresinda, tu atavio,
esas pomposas galas no vestias.
Acuérdate! la humilde flor campestre
por tu mano cogida en la pradera
fué tu sencillo adorno, la silvestre
amapola, la blanca enredadera
adornaban no mas tu cabellera.
Hoy para tí qué valen sus perfumes?
¿qué vale ya la misera cabaña?
si hasta el régio dosel llegar presumes,
que tu pobreza olvides ¿qué me extraña?

FLORES. Señora! por piedad.

JIM. Dí que no es cierto?
¿en dónde ingratitud mas espantosa?
¡tú con mis enemigos de concierto!

FLORES. Por piedad! por piedad!
JIM. De Alfonso esposa!
No te detengas, su valor la fama
lleva y le ensalza la nacion entera,
no te detengas, la ambicion te inflama,
no te detengas, el amor te llama,
(Con odio reconcentrado.)
no te detengas! mi venganza espera!
FLORES. ¡Tú vengarte de mí!
JIM. De angustia lleno
el triste corazon, rotos los lazos
del amor maternal, te abrí mi seno,
lloré contigo y te estreché en mis brazos.
Tú entonces á mi amor, sensible y buena,
para curar de mi alma las heridas
olvidarle juraste, y hoy mi pena
ve que inconstante tu palabra olvidas,
que te olvidas de mí, de mí.
FLORES. Jimena,
pídeme la existencia y no me pidas
que renuncie á su amor. ¡Suplicio horrible!
JIM. Ó mi amor, ó su amor.
FLORES. ¡Es imposible!
JIM. Soy tu sierva dijiste, yo tu acerba
pena mitigaré, yo te escuchaba
recelosa, pues bien, si eres mi sierva
ya sabes tu deber, cúmplele, esclava!
FLORES. Tu mirada feroz, tu torvo acento
me llenan de terror.
JIM. Esa es tu suerte!
FLORES. ¡Miserable de mí!
JIM. Piensa un momento
que estorbar mi constante pensamiento,
es la muerte quizás.
FLORES. Pues bien! la muerte!
JIM. Víbora ingrata, á quien mi pecho amante
dió dulce amparo y amoroso abrigo,
y así me clava el aguijon punzante,
¡vete! espanto me causa tu semblante,
vé la mano á estrechar de mi enemigo.
De aquel á quien persiguen mis rencores,
mis odios vengadores.

FLORES. ¡Ese infundió en mi pecho la esperanza!
JIM. ¿Qué tengo yo que ver con tus amores!
FLORES. ¿Qué tengo que ver yo con tu venganza!
JIM. (Frenética.)
¡Floresinda!
(Calmándose repentinamente.)
¡Es verdad! y yo creia...
Es verdad! es verdad! ni mi hija eres
ni corre por tus venas sangre mia!
Libre estás! libre estás! tú le prefieres...
(Con ira.) Vete! vete!
FLORES. (Con dignidad.) Señora! adios!
(Váse por la derecha.)
JIM. (Corriendo á la puerta izquierda segundo término.)
¡Garcia!

ESCENA VI.

JIMENA, GARCIA.

JIM. Garcia.
GARCIA. Jimena.
JIM. Ven,
ven aquí.
GARCIA. ¿Qué es lo que mandas?
JIM. Juras serme fiel, Garcia.
GARCIA. ¿Que eso dudes?
JIM. Me hace falta
que lo repitas.
GARCIA. Lo juro,
pero tu acento me espanta,
¿qué tienes?
JIM. Que estoy, Garcia,
convulsa y desesperada,
que á tanto lleguen, á tanto
la ingratitud y la infamia.
Aquella mísera niña
que recogí en la cabaña
hasta mí su loco orgullo,
su menosprecio levanta,

unida á mis enemigos
á mis proyectos contraria,
por un amor que la ciega
me vilipendia y me ultraja;
¡oh! no será! yo la juro
por mi tristeza y mis lágrimas,
que si hasta hoy quiso el destino
que obstáculos encontrara
para vengarme, hoy en ella
se saciará mi venganza.

GARCIA. ¿Qué intentas hacer?

JIM. ¿Qué intento?
No me comprendes? Matarla.
Vengándome en Floresinda,
doblemente soy vengada.

GARCIA. Y cómo?

JIM. Garcia, de ella
por desleal, por ingrata,
y de él porque así destruyo
sus amantes esperanzas:
antes dolor mas terrible
que el que produce una espada
clavada en el corazon,
mis intentos le preparan.
¿Qué vale en el cuerpo mísero
profunda herida, honda llaga?
qué vale el dolor del cuerpo
donde está el dolor del alma!

GARCIA. Lo que intentas reflexiona.

JIM. Harto presto, alma bastarda,
que Fruela mató á tu hermano
olvidaste.

GARCIA. ¡Calla! calla!

JIM. Su hijo por ella es dichoso,
tu hermano justicia clama,
la suerte te la presenta.

GARCIA. (Apresuradamente.)
¿En dónde está?

JIM. En esa estancia.

GARCIA. Déjame solo.

JIM. Garcia!

GARCIA. Déjame! serás vengada.

JIM. Ahora?
GARCIA. Al momento.
JIM. No dudes.
GARCIA. Pide á Dios por ella.
JIM. ¡Gracias!
(Váse Jimena por el fondo. Garcia queda pensativo en medio del teatro: luego dice repentinamente.)
GARCIA. ¡Mi hermano! Dios la perdone!
(Al ir á entrar por la derecha sale por la misma puerta Sancho.)

ESCENA VII.

GARCIA, SANCHO.

SANCHO. (Poniendo las manos sobre los hombros de Garcia.)
¿Adónde tan de mañana,
señor Garcia?
GARCIA. (Ap.) ¡Aquí Sancho!
SANCHO. Tienes la faz demudada.
¿Duermes poco?
GARCIA. No.
SANCHO. ¿Te acuestas
temprano?
GARCIA. Sí.
SANCHO. No me extraña
que temprano busque el lecho
quien temprano se levanta.
GARCIA. ¿Yo?
SANCHO. Negarásme, Garcia,
que hoy mismo á la luz del alba
á palacio regresaste?
GARCIA. No en verdad.
SANCHO. La cosa es clara.
GARCIA. Muy clara!
SANCHO. El señor Garcia
claréase en la montaña
á la sombra.
GARCIA. ¡El señor Sancho
busca el sol?
SANCHO. No, soy fantasma.

GARCIA. Fantasma en forma de dueña,
segun acecha y repara.
SANCHO. El señor Sancho camina
con la frente levantada,
y de ninguno consiente
burlas ni baladronadas.
GARCIA. ¡Qué de Sanchos yo conozcó
huecos con plumas y galas
que han querido alzar la frente
y han tenido que bajarla!
SANCHO. Como esos Sanchos no hay Sanchos
en Asturias.
GARCIA. ¿Y en Vizcaya?
SANCHO. ¿Cómo?
GARCIA. En Vizcaya hay algunos.
SANCHO. Habrálos mas no en mi casta.
GARCIA. Los que yo digo lo muestra
suelen llevar en la cara.
SANCHO. ¿Qué muestra es esa Garcia?
sábeslo tú?
GARCIA. Es cierta raya
que por mitad de la frente
el cráneo partiendo baja,
y á la que damos nosotros
el nombre de cuchillada.
SANCHO. (Ap.) ¿Á que es este el del mandoble?
Santa Maria me valga.
(Alto.) De eso hará ya largos años.
GARCIA. Bien de una docena pasan.
SANCHO. Sí, pudo ser, mas como era
de noche yo no vi nada.
GARCIA. Cosas hay no para vistas,
que para sentidas basta.
SANCHO. (Ap.) Disimular es preciso
que este traidor algo trama
y obras malógranse á veces
por sobra de las palabras.
(Alto.) ¿Que hoy torna Alfonso?
GARCIA. Sí, Sancho.
SANCHO. ¿Que á Floresinda se enlaza?
GARCIA. Es verdad.
SANCHO. ¿Y no te place?

GARCIA. Pues no quieres que me plazca?
Alfonso con su bravura
es de Asturias la esperanza,
Floresinda es muy hermosa,
Dios venturosos los haga.
Él es Marte, Venus ella.
SANCHO. ¿Y qué eres tú!
GARCIA. No soy nada.
SANCHO. ¡Quién te diera ser Vulcano
con sus sobras y sus faltas!
(Cambiando de tono.)
Gran cosa hicimos, Garcia,
ha quince años en Vizcaya.
Librar de la muerte á Alfonso
nosotros, de la desgracia
vosotros á Floresinda;
si tales logros se allanan
solo por tener la frente
con un mandoble cruzada
bendita sea la mano
que tal hace y tanto alcanza.
GARCIA. Debe estar envanecida
si ella de todo es la causa,
y que envanecerse pueda
¡vive Cristo que me halaga!
SANCHO. Á tí!
GARCIA. Fué mi mano, Sancho,
esta ha sido.
SANCHO. ¡Oh! que me agrada
deber honra tal á un noble.
GARCIA. Si esa es honra puedo darla
muchas veces, y si anhelas
que vuelva á honrarte...
SANCHO. No, gracias;
pero yo quiero advertirte
que esta raya...
GARCIA. Qué?
SANCHO. ¡Alto raya!
GARCIA. (Con energía.) Tan alto como mi aliento.
SANCHO. (Desentendiéndose.) Paréceme que lejanas
siento voces. (Asómase á la balaustrada.)
¡Qué tumulto!

¡Válame el cielo! ya bajan
los soldados por el monte,
Alfonso los adelanta,
el rey á la puerta espera...
Mira, Garcia, como ascuas
brillan del sol á los rayos
cascos, escudos y adargas.
¿No ha de estremecerse el moro
al rudo aspecto que espanta
de esos montañeses fieros
que desde las cumbres agrias
como torrente impetuoso
en los llanos se desgajan
con sus bélicos arreos,
con sus cabelleras largas,
con dardos iberos y hondas,
cubiertos de rudas mallas,
con los puñales cantábricos,
con horquillas aguzadas,
con los afilados chuzos
y con las corvas guadañas?
Ven, Garcia.

GARCIA. Que hacer tengo.
SANCHO. Déjalo para mañana.
GARCIA. No es posible.
SANCHO. Los dos vamos
á esperarlos á la entrada.
GARCIA. (Ap.) Aceptaré, no sospeche...
(Alto.) Pues vamos allá.
SANCHO. Pues anda.
GARCIA. Inútil es, aquí llegan.
SANCHO. El mismo rey le acompaña.

ESCENA VIII.

ALFONSO, BERMUDO, escuderos y pajes por el fondo. SANCHO y GARCIA á la puerta de la izquierda.

BERM. Aunque en tu faz no brillase
el esfuerzo de tu alma,
bien el valor de tu brazo
tu régia alcurnia declara.

Nieto eres de aquel Alfonso
noble duque de Cantabria,
que á Tuy, á Lugo y Zamora,
á Chaves, Viseo y Braga,
tomó á los moros infieles
con el poder de sus armas.

ALF. Dios, señor, sobre el alarbe
levantó la mano airada,
y huyó como arista leve
al viento de las montañas.
Señor! si ha sido mi brazo
ministro de sus venganzas,
suyos son el triunfo y gloria,
suyos son, que mios nada.

BERM. En tanto que de mi córte
llegan, Alfonso, á esta estancia
los nobles, en ella espera:
la recompensa te aguarda
ha tres años prometida
y por tu brazo ganada.

ALF. Floresinda!

BERM. Esposa tuya
ha de ser hoy mismo.

ALF. (Besándole la mano.) ¡Ah, gracias!

BERM. (Se dirige á la izquierda con pajes y escuderos. Viendo á Sancho.)
Avisa á los nobles, Sancho!
(Garcia, aprovechando la ocasion de que el rey habla á Sancho, váse por el fondo.)

SANCHO. (Impaciente y sin quitar la vista de la puerta de fondo.)
Señor, lo que tú me mandas
no puedo cumplir ahora.
Eso á tus pajes encarga.

BERM. Sea, pues! ¿Por qué no puedes?

SANCHO. (Inclinándose.)
Señor... Porque voy de caza.
(Váse deprisa por el fondo. El rey se entra en su cámara izquierda con pajes y escuderos. Floresinda aparece en la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

ALFONSO, FLORESINDA.

FLORES. Impaciencias del amor
conque mi pecho se altera,
saber me han hecho, señor,
que en este sitio me espera
mi gallardo cazador.

ALF. El fuego en que el alma mia
mas se enardece y se ufana,
me ha anunciado, y no mentia,
que en este sitio hallaria
á mi donosa serrana.

FLORES. Tres años te lloré ausente.

ALF. Tres años lleno de enojos
acusé al hado impaciente
que me robaba inclemente
la clara luz de tus ojos.

FLORES. Sin tí, Alfonso, no vivia!

ALF. ¿Quién vive sin tu hermosura!

FLORES. Tú ausente me parecia
que era el luminoso dia
una larga noche oscura.

ALF. Y yo siguiendo las huellas
de la vil turba africana,
al mirar á las estrellas
via reflejarse en ellas
tu belleza soberana.

FLORES. Cuando á la Vírgen Maria
iba á rezar por los dos,
Alfonso, me parecia
que en su altar se sonreia
la santa Madre de Dios.

ALF. Ya los dolores pasados
son al tiempo remitidos,
que los amantes cuidados,
los bienes apetecidos
son, Floresinda, logrados.
No en vano en la lid dudosa
contra el alárabe fiero,

blandí la espada gloriosa
por el amor de una hermosa,
por cristiano y caballero.
No en vano en la árdua palestra
combatiendo á los infieles,
quise de valor dar muestra,
para ceñir con mi diestra
mi cabeza de laureles.
No, Floresinda, no en vano
huyó el feroz africano
de mi valor arrogante;
dí, quién resiste á un cristiano
noble, atrevido y amante!
Los laureles que logré,
los triunfos que conseguí,
como fueron no lo sé,
si tal renombre alcancé
fué Floresinda por tí.

FLORES. Adios, que van á llegar,
que es tarde ya considera.

ALF. Me quieres abandonar!

FLORES. No: la dicha nos espera,
vendré... para ir al altar.
Allí Alfonso, ante el Señor
nos une la fé cristiana,
adios! y piensa en mi amor.

ALF. Mi hermosísima serrana!

FLORES. ¡Mi gallardo cazador!

(Alfonso la acompaña hasta la puerta de su aposento: entre tanto salen por el fondo comitiva de hombres de armas del ejército de Alfonso con las banderas cogidas á los moros, etc., y por la puerta de la cámara, Bermudo con manto real y corona; Aurelio, grandes, pajes, escuderos, etc. Bermudo sube al trono.)

ESCENA X.

ALFONSO, BERMUDO, AURELIO, GRANDES, PAJES, ESCUDEROS, HOMBRES de armas.

UJIER. ¡El rey!

BERM. Condes palatinos,
caballeros asturianos,
Dios tiene en sus santas manos
de los reinos los destinos.
De su bondad clara muestra
contra el árabe nos dió,
la diestra de Alfonso armó
con los rayos de su diestra,
y su poderoso esfuerzo
por nuestro honor y decoro
lanzó las huestes del moro
tras las montañas del Vierzo.
Creeis que Alfonso ganó
el premio que le ofrecí
por su bravo esfuerzo?
TODOS. Sí.
BERM. ¿Sois sus enemigos?
TODOS. No.
BERM. ¿Creeis que en su brazo estriba
del reino la fortaleza?
TODOS. Sí! sí!
BERM. ¡Ensalzad su grandeza,
¡viva Alfonso!
TODOS. ¡Viva! ¡viva!
ALF. (Delante del trono.)
¡Señor! ¡qué premio mayor
para el cristiano guerrero
que esgrimir el noble acero
por su patria, y por su honor.
Dios por su bondad inmensa
contra el moro fué mi guia,
tal recompensa me envia,
que no hay mayor recompensa.
Tú! de Asturias soberano,
yo te ruego que me des
la honra de besar tus pies.
BERM. Alfonso! dame tu mano.
(Sube Alfonso á la segunda grada del trono y da la mano á Bermudo.)
Sosten de Asturias confio
qué será.
ALF. Tal es mi intento.

BERM. En tan solemne momento,
arrodíllate, hijo mio.
(Alfonso lo hace.)
Merced al alto favor
que de Dios hasta tí viene,
ya Asturias por tí no tiene
ni temores ni rencor:
cesa el odio que hácia tí
abrigó Asturias un dia,
porque no te conocia
como yo te conocí.
Depuesto el antiguo encono
tu fama y hechos pregona,
y hoy te diera la corona
á no hallarme yo en el trono.
Pero yo que la grandeza
del mundo no solicito,
yo la corona me quito
y la pongo en tu cabeza.
(Al ir á hacerlo Alfonso se levanta y le detiene.)

ALF. ¡Ah, señor! ¿qué vas á hacer?
yo no la debo aceptar.

BERM. Quien tanto pudo alcanzar
rey de Asturias debe ser.

ALF. ¡Tú la corona, señor,
abandonar ¡desvario!

BERM. Es que tengo, yo hijo mio,
otra corona mejor.
Para tí del moro azote
esta que hoy huella mi planta,
pero para mí, la santa
corona del sacerdote.
(Inclínase, quítase la corona y aparece con la cabeza motilada.)
Mirad! motilado estoy;
por precepto de la ley
ser no puedo vuestro rey.

TODOS. Bermudo!

BERM. (Con humildad.) Diácono soy.
El trono! ¡quién le ambiciona!
falso oropel, humo, ruido
y vanidad.

ALF. Tú has ceñido
Bermudo *doble Corona.*
Eres digno de las dos!
BERM. No! jamás! ¡Quién no se aterra
al poner la de la tierra
encima de la de Dios.
Solo un deber de amistad,
solo la órden del Romano
Pontífice el Papa Adriano!
(Á Alfonso.) Hazlos salir.
ALF. Despejad!
(Vánse todos por el fondo.)

ESCENA XI.

BERMUDO, ALFONSO.

ALF. ¡Solos estamos ya! ¡Habla, Bermudo!
BERM. ¡Hijo! cumplí con mi deber sagrado.
ALF. No vuelvo de mi asombro, ¿por qué causa
de tí tan alta proteccion alcanzo?
BERM. Por la amistad que me enlazó al rey Fruela
de nuestra vida en los primeros años.
Yo al golpe del puñal ¡puñal sangriento!
ví caer á tu padre asesinado,
y al espirar tu porvenir, tu vida
á mi amistad fió.
ALF. (Arrodillándose.) Dame tu mano!
BERM. ¡Hijo mio! ¡hijo mio!
ALF. ¡Padre! padre!
tú me dejaste, pero no tu amparo!
BERM. No tan solo el solemne juramento
que me ligó á tu padre me ha obligado
tu vida á proteger, mas la obediencia
y el respeto al Pontífice Romano.
ALF. Explícate, señor.
BERM. Aun no cumplidos
dos lustros, de mis padres al mandato
recibí la tonsura, y mi existencia
fué destinada á la estrechez del claustro.
Muertos mis padres y de Asturias lejos,
cuando torné, de Fruela en el reinado,
al sentir en mi sangre el poderoso

ardor, los generosos arrebatos
de la agitada juventud, la gloria
apareció ante mí con sus encantos.
La sangre que mis venas inflamaba,
el varonil vigor y el entusiasmo,
mas que al tosco sayal y á la cogulla
llamábanme á la gloria y al aplauso.
Quise quebrar tan duros eslabones,
atrevido romper tan fuertes lazos,
mas á mi ardiente anhelo se oponia
el onceno concilio Toledano.
No desistí por eso de mi empresa,
y por mi noble afan estimulado
partí al punto de Asturias, llegué á Roma,
y á los pies me arrojé del Padre Santo.

Alf. Sigue! sigue, señor!

Berm. Le rogué humilde
que por su alto poder, de Dios traslado,
rompiera el yugo que al altar me unia
mis bélicos instintos refrenando.
Voto á la fuerza impuesto, no ofrecido
por voluntad, y prometíle en cambio,
alzar bandera y combatir al moro
sin compasion, sin tregua, sin descanso.

Alf. ¡Y el Papa?

Berm, Dulce y plácida sonrisa
ví que vagó por sus augustos labios.
No hay en la tierra potestad que rompa
los votos que tus padres pronunciaron,
dijo: bendice á la bondad divina
que á muy alta mision te ha reservado.
Parte á Asturias; la sangre se derrama
en Asturias de hermanos contra hermanos.
Protege á Alfonso de las fieras iras
de la viuda del triste Vimarano,
y ofrece á Dios cual prenda expiatoria
por Fruela tu valor en holocausto,
mira que Fruela al espirar, Bermudo,
ha muerto presa del mortal pecado.
Para cumplir lo que te ordena el cielo,
lo que debas hacer no dudes, hazlo;
tu virtud de tus hechos me responde,

pleno poder te doy, sé mi legado:
une á Alfonso, á Jimena, al rey, á todos,
todos mis hijos son, todos cristianos!

ALF. ¡Oh!

BERM. Tú sabes despues como he cumplido,
y Dios lo sabe que me está juzgando.
Yo á Jimena seguí por todas partes,
yo te libré de sus arteros lazos
en Vizcaya, y aquí; yo por tí estuve
tres meses en la ermita vigilando
á Garcia y Jimena, y unas veces
invocando de Dios el nombre santo,
otras fingiendo dar á sus proyectos
ayuda y proteccion, seguí sus pasos.
Temeroso tambien de que tu ardiente
valor, y tus esfuerzos temerarios
dieran á tu existencia fin sangriento,
mandé el breve del Papa á Mauregato.
Si el rey á mi demanda no dió oidos,
Dios á sí le llamó, Dios le ha juzgado!

ALF. Señor, una y mil vidas que tuviera
no fueran á tu amor bastante pago.

BERM. Rey te quise aclamar tres años hace,
mas los grandes y condes de palacio,
por el odio que á Fruela profesaban,
de tu sien la corona arrebataron.
Hoy tu valor aclaman y nobleza
de su primer error desengañados,
y hoy ciñes la diadema, por los votos
de nobles, pueblo, amigos y contrarios.

ALF. Hoy ademas se cumple de mi vida
el anhelo mayor, hoy los sagrados
vínculos firmaré con la que adoro.
Floresinda me espera.

BERM. Al templo vamos.

ALF. ¡Ah, señor!

BERM. Así cumplo mi promesa:
Fruela en la eternidad me está mirando.

ALF. ¡Bermudo!
(Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
Floresinda! Floresinda!
¿no me oyes? ¿dónde estás?

(Sale Jimena por la misma puerta.)

¡Ah! cielo santo!

ESCENA XII.

BERMUDO, ALFONSO, JIMENA.

JIM. ¡No la llames!

ALF. y BERM. ¡Jimena!

JIM. No la llames!
no te responderá.

ALF. ¿Por qué?

JIM. Insensato!
¡cuál te ofusca la dicha! ¡cuál te ciega!
Ya sé que eres de Asturias soberano,
yo una débil mujer, mas mi venganza
tu amante corazon rompe en pedazos.

BERM. Explícate, Jimena!

ALF. Oh, mis furores!...

JIM. Tu enojo es ciego, tu furor es vano.
¿Cómo te has de vengar? ¿quieres mi vida?
esta existencia mísera que arrastro
gozosa la daré si en mengua tuya
logro en mi sangre ver tintas tus manos!

ALF. ¿Dónde está Floresinda, dí!

JIM. Ten calma!
espera! espera! como tú he esperado
para llegar al fin dias y dias,
horas y horas, Alfonso, y años y años!
seré breve.

BERM. ¡Habla pues!

JIM. Murió mi esposo
por tu padre cruel asesinado.
En Luarca, en una noche, y en mi estancia
los viles asesinos penetraron.
Un hombre...
(Aparece Garcia recatándose de Alfonso y Bermudo y se dirige á la habitacion de Floresinda.)
(Ap.) ¡Ah! ya está ahí.
(Alto.) Tambien un hombre,
(Acentuando mucho el doble sentido.)
puñal en mano!

GARCIA. (Entrando en el aposento de Floresinda á media voz.)
Sí, puñal en mano!
(Cierra las puertas del cuarto.)
ALF. (Que vuelve la vista al ruido.)
¿Qué es eso?
JIM. Nada! nada! será el viento
que vaga en esos corredores largos.
Mi hija al lado dormia, hermosa, pura!
era un ángel al mundo trasladado,
esparcida la rubia cabellera,
los amorosos ojos entornados
vagaba en medio del tranquilo sueño
la sonrisa del cielo por sus labios.
¡Murió mi esposo!
ALF. ¡Oh! Dios!
JIM. (Con rencor.) Maté á tu padre!
ALF. Jimena!
JIM. Escucha! Yo llena de espanto
del lecho me arrojé, cogí á mi hija
y las puertas abriendo salí al campo.
Llegué á orillas del mar, allí una barca
con una cuerda halle sujeta á un árbol.
La barca desaté, lánceme en ella
al fragoso vaiven del Oceano.
Rugió la tempestad, abrióse el cielo
al cárdeno fulgor de los relámpagos,
retumbó por las bóvedas sombrias
un trueno! ¡trueno horrible! abrí los brazos
llena de horror, y la hija de mi alma
sobre las crespas ondas fué rodando!
ALF. ¡Qué escucho! tu hija vive!
JIM. (Dando un grito.) ¡Alfonso! Alfonso!
ALF. Vive Jimena, sí, yo la he salvado!
BERM. ¡Tú!
JIM. Tú! ¡cómo! ¿qué dices? ¡desvarias!
y dónde está?
ALF. No sé!
JIM. ¡Cielo tirano!
ALF. Aquella noche yo, mancebo imberbe
vagaba por los montes comarcanos
con pajes y escuderos, la batida
para el próximo dia preparando.

La tempestad nos sorprendió; del monte
para buscar abrigo bajé al llano
y á la orilla del mar hallé una choza
donde mis escuderos se albergaron.
Yo no! yo deseaba la hermosura
contemplar del magnífico espectáculo
conque la tempestad rasga los cielos,
y agita mas los mares encrespados,
y á la orilla salí buscando en ella
á mi fogosa adolescencia espacio:
oí tu grito que llegó á mi oido
con el rumor del viento prolongado,
tendí la vista en los revueltos mares
y ví en ellos flotar un bulto blanco.
Lancéme al mar, rompí las bravas olas
al vigoroso impulso de mi brazo;
soberbio el mar con mi arrogante audacia
rugiendo se erizó, mas yo luchando,
próximo al bulto ya que de mí huia
doblé mi esfuerzo y le alcanzó mi mano!

JIM. ¡Alfonso! ¡Alfonso!

ALF. Á la ribera torno
anhelante, gozoso, fatigado,
pero al fijar mi pie sobre la arena
acometióme súbito desmayo...
cuando volví en mi acuerdo, hallé á mis pajes
y escuderos allí.

JIM. ¿Y mi hija?

ALF. En salvo.

BERM. ¿Qué hiciste de ella?

ALF. Dila á un mi escudero,
que de ella se encargó bajo mi amparo.

BERM. Y ese escudero?

ALF. ¡Ha muerto!

JIM. Pero y mi hija
no la volviste á ver?

ALF. Hace quince años.

JIM. ¿Dónde?

ALF. En Vizcaya.

JIM. Cuándo?

ALF. Aquella noche
en que huyendo de tí, Dios un milagro

hizo y libró mi vida de tu encono.
JIM. Dónde?
ALF. En una cabaña.
JIM. Cómo? cuándo?
ALF. En aquella cabaña mi escudero
vivia con su red y su trabajo.
JIM. Y la niña?
ALF. Allí estaba.
JIM. Y aquel hombre
era...
ALF. Rodrigo!
BERM. Oh Dios!
JIM. Dios soberano!
yo recogí á esa niña.
ALF. ¡Es Floresinda!
JIM. ¡Es mi hija! y la estan asesinando!
(Corre violentamente al cuarto de Floresinda y pugna por abrir la puerta.)
¡Garcia!
FLORES. (Dentro.) ¡Alfonso! ¡Alfonso!
JIM. Espera! espera,
Garcia! no la mates! ¡desgraciado!
ALF. ¿Qué dice?
BERM. ¿Cómo?
JIM. ¡Ah! puerta maldita
esta puerta. (Delirante.)
¡Señor! mándame un rayo!
ALF. (Precipitándose á la puerta con una hacha de armas.)
Yo la abriré!
(Ábrese la puerta y aparecen en ella Floresinda y Sancho.)

ESCENA XIII.

SANCHO, FLORESINDA, JIMENA, ALFONSO, BERMUDO.

SANCHO. ¡Le devolví el mandoble!
BERM. Sancho!
JIM. ¡Hija!
SANCHO. Le partí de arriba á bajo,
JIM. ¡Hija mia! ¡hija mia! ¡ay, hija mia!
FLORES. ¡Yo tu hija! tu hija yo!

JIM. Ven á mis brazos
Floresinda!
FLORES. ¿Tú guardas para tu hija
del asesino la traidora mano?
alevoso puñal vibra tu diestra
y eres mi madre tú? me das espanto!
JIM. ¡Ah!
BERM. Detente ¡infeliz! esa es tu madre.
FLORES. Qué dices?
BERM. Sí, Jimena el ser te ha dado.
FLORES. Mi madre!
BERM. ¡Mírala!
FLORES. Mi madre!
JIM. Siento
que el corazon estalla en mil pedazos,
mi cabeza se pierde!
FLORES. (Dirigiéndose á ella.) ¡Madre!
JIM. (Extraviada.) Aparta!
¡Mi hija! ¡ay, pobre hija! muchos años
hace ya que murió!
FLORES. No; aquí la tienes,
aquí tienes á tu hija, aquí, á tu lado,
aquí á tu lado está.
JIM. Sí, sí; la veo
allí, la veo allí... me está esperando.
Ya voy!... ya voy!... ¡Estrella! Estrella mia!
(Váse delirante por el fondo.)

ESCENA XIV.

FLORESINDA, BERMUDO, ALFONSO, SANCHO, al fondo.

FLORES. ¡La locura!
BERM. ¡El castigo!
FLORES. ¡Horrible! bárbaro!
BERM. Castigo justo! Quien de Dios se olvida
y abre al rencor el corazon, qué extraño
que Dios se olvide de él!
FLORES. ¡Oh, pobre madre!
BERM. Ella en su pecho á la virtud cerrado
el fuego alimentó de la venganza,
odio feroz encaminó sus pasos,

fué á buscar la ventura por el crímen,
y qué encontró?

FLORES. ¡Perdónala, Dios santo!

BERM. Ved adónde conduce la venganza;
si Dios por sus decretos soberanos
no hubiera el fiero crímen impedido,
una madre el acero sanguinario
clava en su propia hija, en esa hija
constante objeto de su duelo amargo.
¡Oh! si aquí, en este valle de dolores
nuestra flaqueza ruin no perdonamos,
como, si Dios es justo, pediremos
que nos perdone Dios nuestros pecados!

FLORES. Cumpliré mi deber! Adios, Alfonso.

ALF. ¡Floresinda!

FLORES. Á mi madre me consagro.

ALF. ¡Qué escucho!

FLORES. Dios lo quiere! Dios lo manda!
mi madre necesita de mi amparo.

ALF. ¿Qué me quieres decir?

FLORES. Que no es posible
union entre nosotros, media un lago
de sangre entre los dos.

ALF. ¡Ah Floresinda!

FLORES. Mas si el supremo bien me está vedado
de ser tu esposa, Alfonso! Alfonso mio!
yo tu hermana seré, sé tú mi hermano.

BERM. Sé su esposo! ¿Hasta cuándo la desdicha
ha de saciar sus iras? Hasta cuándo!
Dios no lo quiere así; si vuestros padres
por el odio frenético cegados
los mandatos de Dios desconocieron,
la cólera divina despertaron,
Dios ya los castigó, la muerte al uno,
y al otro la demencia; ya sus altos
misterios se cumplieron, y ya brilla
del divino perdon el albor santo.
Unidos cumplireis vuestros deberes,
vivid unidos, porque yo os lo mando,
yo que os traigo la paz y la ventura
en nombre del Pontífice Romano.

FLORES. (Arrodillándose.)

Ah!

ALF. (Id.) Señor!

BERM. (Levantándolos) ¡Hijos mios! ¡hijos mios!
sed felices.

ALF. ¿Y tú?

BERM. Me espera el claustro!

ALF. El claustro!

BERM. Allí se extinguirá mi nombre
cuando apenas brilló, meteoro rápido
que al cruzar por la bóveda celeste
se apaga entre las sombras del Ocaso.
Cuando la luz de la severa historia
derrame su reflejo en mi reinado,
que nombre me darán? ¿cuál es mi nombre?

ALF. Bermudo el Grande.

BERM. No! Bermudo el Diácono.
Y no obstante el valor arde en mi pecho,
brio le sobra á mi robusto brazo,
pero Dios lo ordenó, y á Dios me humillo,
él solo es poderoso, él solo es sábio.
¡Cuán diferente tú! Tu sol alumbra
con vivo fuego y majestuoso rayo,
tú de tu abuelo alcanzarás el nombre,
el Católico, el Grande, el Fuerte, el Bravo.
Tu gloria sea admiracion del mundo,
del sarraceno horror, prez del cristiano,
y retoñe en los hijos de tus hijos
la sangre generosa de Pelayo.

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 25 de Octubre de 1866:

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

da cenicienta.
:uña
del almadreno.
:otas.
s del vicio.
inos de viento.
la de Correlargo.
de oro.
del regimiento.
s de mi mujer.
hijos.
madres.
del Rey René.
emos.
ra de Murillo.
nera.
anza de Catana.
uesita.
la de la vida.
de Garan.
sin piloto.
gos.
a en el campamento, ó
s de Africa.
dos.
alleros de la niebla.
a de matrimonio.
de Babel.
del gallo.
bediencia.
ia alhaja.
mimada.
idos (refundida.)
á.
ojo.
mi sobrina.
urbano.
Maria.
en 1818.
á vista de pájaro.
re hojuelas.
s de Polonia.
l ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

a y Medoro.
de buena ley.
mas feo.
s y cuchilladas
na la Gitana.
y Marte.
y Flora.
nando.
lariquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
or.
scual.
iller.
rino.
yo de una ópera.
sero y la maja.
o del hortelano.
ta y en Marruecos.
en la ratonera.
s de carnaval.
rio (drama lírico.)
tillon de la Rioja (*Música.*)
onde de Letorieres.
ido á escape.
tan español.
ieta
ibre feliz.
illo blanco.
gial.
mo mono.
ner vuelo de un pollo.
Pinto y Valdemoro.
gnetismo... ¡animal!
fa de la calle Mayor.
astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
o segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

MADRID.

Librerias de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas, de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Príncipe.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera,
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. V. Osorno.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V Font.
Teruel.	T. Baquedano.
Toledo.	F. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F Navarro y J. Moriana y Sanz
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo y A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.